

CAPÍTULO IX

EL SIGNIFICADO DE LA RÍA DE HUELVA EN EL CONTEXTO DE LAS RELACIONES DE INTERCAMBIO Y DE LAS TRANSFORMACIONES PRODUCIDAS EN LA TRANSICIÓN BRONCE FINAL/EDAD DEL HIERRO

*Marisa Ruiz-Gálvez Priego**

ABSTRACT.—The interpretation of the Ría de Huelva find as a shipwrecked cargo is analysed here on the basis of other parameters, proving that its interpretation as a shipwreck is not the only one which is valid.

According to the author, the hoard is fairly homogeneous and appears to have been cast in a single region. Furthermore, all the artefacts but two, represent status or social class (offensive and defensive weapons, items of personal adornment...) and are not simply scrap metal. Its deposition in a sacred place is compared with other hoards whose ultimate significance appears to be votive, whether or not in the form of a funerary offering. This deposition of artefacts should be seen in terms of their precious nature identifying social position, rather than as a commodity.

Since the Huelva Peninsula displays topographical and strategic characteristics similar to those of other places in Europe in the Late Bronze Age, these are also analysed and it is noted that most of them are points controlling the access to economic resources. A critical study of them makes it possible to interpret their location as an alternative form of funerary ritual to burial, which began to gain in significance from the time when a change in the organization of the landscape took place. This could have been the fruit of new and more efficient economic practices and of a different social organization. In this landscape, the control of strategic points means power and is marked both physically and symbolically.

The appearance of weapons in water and of objects representing high social status in the SW., would be linked to a socio-political change, which revitalised long-distance exchanges and makes crucial the control of strategic points of entering and travelling within the region. Swords and warrior stelae represent a process of territorialization, which starts to develop in the Late Bronze Age and coincides with the establishment of exchange routes between the Western Atlantic and the Central Mediterranean.

As settlements became more visible and permanent, the deposition of weapons became rarer and was replaced by those that acted as markers of property. This change in symbolism would culminate in the appearance of walls around Tartessian settlements.

Yo creo que en los apartados anteriores se han manejado datos que permiten argumentar tanto a favor como en contra, de la interpretación de la Ría de Huelva como el cargamento de un barco hundido. Vamos a ir viendo los argumentos en uno y otro sentido, a fin de tratar de llegar a una conclusión.

a) Metalografías y espectrografías de la Ría parecen señalar, como vimos, facturas y aleaciones similares, con independencia de que los objetos que forman el conjunto respondan a una morfología “atlántica” o “mediterránea”. Ello indicaría que todas las piezas que forman el dragado de la Ría de Huelva, se fundieron

* Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. 28040 Madrid.

en una misma región, seguramente el propio Suroeste, aunque objetos como la lanza calada de tipo británico, las fíbulas o los cascos, reproduzcan prototipos foráneos.

Esto, en principio, no estaría en desacuerdo con la idea de un barco que transporta chatarra procedente del SO. y que se hubiera hundido nada más salir de puerto.

Pero, de otro lado, el supuesto cargamento, tan homogéneo, desentona con la idea de un barco que va recogiendo mercancía de puerto en puerto, como vemos en los pecios del Mediterráneo. Este tipo de cargamento heterogéneo, de materias primas, objetos de lujo y chatarra que denota un circuito por diversos puertos, es el que encontramos en Ulu Burum (Bass 1991), Kfar Samir (Galili et al 1986), Gelindonya (Bass 1991) o Rochelongue (Bouscaras 1971). El primero transportaba materias primas de lujo: lingotes de cobre, estaño y plata; colmillos en bruto de elefante e hipopótamo; conchas de tortuga; troncos de ébano; perfumes, frutos y especias (Haldane 1993). El de Kfar Samir, lingotes de metal de diferente procedencia (Galili et al 1986). El de Gelindonya, aceites, perfumes, frutos secos, cerámicas, lingotes "piel de buey", chatarra y un equipo de fundidor. Finalmente, el de Rochelongue transportaba chatarra de diversa procedencia, tortas de cobre, lingotes de estaño y un equipo de fundidor (Bouscaras 1971).

Por el contrario, el conjunto de la Ría es muy homogéneo y selectivo y todos los objetos que contiene son indicativos de estatus o de clase social. Si repasamos el inventario, veremos que estos se agrupan dentro de los siguientes apartados:

A) Armas ofensivas: espadas, puñales, lanzas con sus regatones y puntas de flecha. Este apartado es el mayoritario en la Ría.

B) Armas defensivas: cascos.

C) Elementos asociados a la equitación o al uso de vehículos rodados: pasarriendas.

D) Vestimenta: fíbulas, botones, broches de cinturón y una aguja.

E) Útiles u objetos asociados al trabajo del fundidor: Un pequeño escoplo, propio de trabajos de precisión y algunos fragmentos de cobre y bronce, además del, excepcional, de hierro sobre el que volveré y un perdido punzón biapuntado (Almagro Basch 1958:227).

Así pues, de un conjunto de más de cuatrocientas piezas, sólo nueve responden a lo esperable en un barco que transporta chatarra. Es cierto que muchos de los objetos, espadas y cascos en especial, aparecieron rotos. Esto podría responder al tratamiento del objeto como chatarra. Pero no es la única posible explicación. Otra es que hubieran sido inutilizadas voluntariamen-

te, con el fin de impedir su reutilización. Eso es lo que explica las falcatas y soliférrea dobladas de las tumbas, tanto ibéricas como celtíberas, de la Segunda Edad del Hierro. Y eso también, el que la espada "Monte Sa Idda" de Alcalá del Río, apareciera doblada cuando fue extraída de aguas del Guadalquivir. Aunque, posteriormente, su comprador se empeñara en enderezarla. Y eso ocurre también en Flag Fen (Pryor 1991).

En un breve, pero jugoso trabajo, Rowlands (1986:746), recordaba que el gesto de Arturo moribundo, encomendando a Sir Bedevere que arroje su espada "Excalibur" a las aguas, no era en lo absoluto gratuito. Por el contrario, ello responde al hecho, propio la mayoría de las sociedades "primitivas" o preindustriales, de que ciertos objetos se consideren estrechamente vinculados a su dueño. Parafraseando a Mauss (1924-25), se considera que estos objetos tienen *Hau*, es decir, que encarnan la esencia espiritual o psicológica de su poseedor. Por ello, argumentaba Rowlands (*ibidem*), no deben caer en manos extrañas o enemigas y deben ser destruidos. Que esta idea ha estado arraigada en nuestras sociedades antiguas, lo indica el que muchas tribus celtas y germanas consideraran que ciertos objetos ligados a ellos, como espadas, cascos, lanzas o caballos, poseían vida animada. Y por ello se les dio nombre. Y por ello era costumbre jurar por la espada. Tal costumbre, como la de conferir una dignidad mediante la imposición de la espada, siguió vigente en la Edad Media. Y así también, la de considerar que la espada es parte de su dueño. Por eso, el grito de guerra de los almogávares era "desperta ferro" y golpeaban la espada contra una roca para "despertarla". Por eso, Roldán destruye su espada antes de morir. Esa misma explicación propone R. Olmos (1988:65-6), a partir del análisis metalográfico de Sanz y Rovira, del casco griego del Río Guadalete. Este está claramente inutilizado mediante una perforación hecha de dentro afuera. Y el mismo autor (*ibidem*:66), prosigue afirmando, a propósito del propio casco griego de la Ría, del que falta también un fragmento de la parte posterior, que su hallazgo en las aguas puede responder a un rito, bien conocido en el mundo jonio y focense, en el que el hombre establece un vínculo mágico con el objeto, lo que llena de sentido su ofrenda a las aguas.

Otro argumento a favor de la deposición intencionada, no accidental, de las armas de la Ría es el que, cuando fueron dragadas en 1923, algunas de las lanzas aún conservaban el astíl de madera, lo que quiere decir que fueron arrojadas al agua enmangadas. Así pues, la madera hubiera permitido que, parte al menos de las armas, hubieran flotado el tiempo suficiente como para haberlas recuperado de haberlo querido (Hooper & O'Connors 1976) (1).

(1) Agradezco a Richard Bradley este dato y la referencia bibliográfica.

Finalmente, si comparamos dos conjuntos seguramente coetáneos, como son Ría de Huelva y el depósito portugués de Baiões (Silva 1986), las diferencias entre ambos son significativas. Aunque, lamentablemente, el proyecto no ha tenido acceso ni a los análisis realizados en el depósito portugués, ni a la toma de muestras del mismo, ciertas comparaciones entre ambos son posibles. Baiões responde, en mi opinión, a un depósito de fundidor. Varias razones avalan esta interpretación:

a) Lo heterogéneo del conjunto, con piezas recién fabricadas y otras claramente deterioradas e inservibles.

b) La aparente (2) disparidad de orígenes de las piezas reunidas. Unas, como las hachas son claramente locales. No sólo porque son típicas del Centro de Portugal, sino porque conservan aún rebabas vivas. Otras, tipológicamente al menos, son mediterráneas. Es el caso del carro y los pasariendas. Otras, como el gancho y el cincel tubular, responden a una morfología "atlántica", pero no son muy características del Centro de Portugal, por lo que podrían venir de otra zona. Y otras, en fin, como el hierro, responden a una tecnología totalmente ajena a la región. La sensación, con la reserva que el desconocimiento de su composición analítica impone, es que ese cargamento de metal procede de puntos diferentes.

c) El carácter mixto del conjunto, que incluye objetos identificativos de rango social, como los cuencos metálicos, el gancho y los pasariendas, el carro o los brazaletes, junto con útiles como las hachas y las hoces, así como el cincel de hierro, por muy excepcional que éste sea como instrumento.

Yo creo que en este caso sí nos hallamos ante un depósito de metalúrgico o fundidor. Pues, como vimos, su carácter es claramente diferente al conjunto de la Ría.

Además, interpretar Ría de Huelva como ofrenda votiva, sea o no funeraria, tiene sentido. Como ha señalado reiteradamente Bradley (1982, 1988 y 1990), la amortización de riqueza en actos públicos, como funerales, pero también con motivo de otro tipo de rituales de paso como los de iniciación, sucesión al oficio..., etc., consituye un potlatch, una exhibición de riqueza y poder por parte de un individuo, una familia o un linaje. Es un acto de propaganda política. Pero también tiene un aspecto económico. Porque la retirada de la circulación de determinados objetos de valor social, mantiene su escasez e impide su depreciación.

Únicamente desentona con la idea de que se trata de una deposición ritual e intencionada, la presencia, bien que minoritaria, de útiles y de fragmentos de metal.

Pero, como vimos, (vide supra), en Flag Fen se recuperó también metal fragmentado y el equipo de un

metalúrgico. La categoría social del que trabaja con el metal es ambigua y varía, del miedo y la marginación a la aceptación y estima, según las sociedades. Lo que sí parece es que, en muchas de la Edad del Bronce y del Hierro, marginado o no del resto de la comunidad, gozó de un estatus especial por su conocimiento especializado. Así, recientemente Aubet (en prensa) hacía públicos los datos del estudio antropológico de los enterramientos contenidos en los túmulos A y B de la necrópolis de Setefilla (Sevilla), correspondiente a la Primera Edad del Hierro. Los túmulos parecen contener las incineraciones de individuos unidos en vida por vínculos de parentesco. La posición, central o periférica del enterramiento bajo el túmulo, parece estar en relación con el sexo o la posición social del individuo dentro del linaje. En el primero de ellos y en posición periférica, apareció la incineración de un adulto/viejo, acompañado de ajuar funerario constituido por un equipo de metalúrgico. Yo diría que la posición marginal del enterramiento deriva aquí, menos del rango inferior del individuo, pues aparece enterrado con ajuar identificativo de su oficio, como de la posición marginal que el individuo debió ocupar dentro de su sociedad en vida. Como alguien necesario pero al que se teme, debido a sus poderes y conocimientos cuasi mágicos, que le permiten transformar la naturaleza. En otras sociedades, sin embargo, aparece aceptado e integrado. En la mayoría, no obstante, integrado o no, su papel dentro de la sociedad en tanto que detentador de poderes y conocimientos especiales, es destacado y no es infrecuente que se le entierre con los atributos distintivos de su oficio (Ransborg 1984). Creo, por ello que no debemos descartar que el escoplo y el punzón biapuntado pudieran representar el ajuar funerario de alguien que goza, por sus conocimientos especiales, de un papel destacado en su sociedad.

b) El lugar del hallazgo y los restos de madera asociados es otro punto importante a discutir. En la publicación del hallazgo por Albelda (1923), Díaz (1923), Gómez Moreno (1923) y posteriormente Almagro Basch (1940), se dice que la draga "Cinta" extrajo una serie de armas a cierta profundidad. En la de Terrero (1944), se añade que aparecieron además "algunos vestigios de madera". Estos últimos no fueron conservados y analizados. No existen fotos, dibujos o descripciones de estas, por lo que se desconocen sus características y si pertenecían a las propias armas dragadas o si, por sus dimensiones, podría tratarse de material constructivo. Albelda (Ibidem:222), describía el corte geológico en que se produjo el hallazgo de esta manera:

En la parte superior, aluviones fangosos del Odiel, de formación moderna y desde los 9 a los 9.50 m, arenas gruesas y conchas, en medio de las cuales se encontraron las armas. Después fango de arcilla azul, muy homogénea que alcanza gran profundidad.

La reconstrucción paleogeográfica habitualmente aceptada de la desembocadura conjunta de los ríos

(2) A falta de análisis, mi interpretación se basa meramente en datos tipológicos.

Tinto y Odiel es la de un golfo marino, paulatinamente colmatado desde el Calcolítico y acentuado por procesos antrópicos a partir, sobre todo, de la Baja Edad Media y Época Moderna (Borja, F. & Díaz, F. 1994:22). Por tanto, la geografía y el paisaje coetáneos de la deposición de los bronceos, tuvo que ser muy diferente del actual. De acuerdo con ello, (Díaz 1986:19; Garrido & Orta 1989: 5-8 y 83; Ruíz Mata 1990:58-60) la actual ciudad de Huelva era una península rodeada por los ríos Tinto, Odiel y Anicoba y unida al continente por un pequeño istmo que, como recuerdan Garrido y Orta (Ibidem:83), todavía en el s. XIX constituía el único acceso a la ciudad desde tierra firme. Ello resaltaría aún más la apariencia, casi insular, del promontorio en que se asentaba Huelva.

Según esto, desde el punto de vista de los intercambios comerciales, la Península de Huelva ocuparía un lugar privilegiado pues reproduce circunstancias topográficas y estratégicas similares a las que se han descrito en otros sitios europeos del Bronce Final y en las colonias fenicias de la Edad del Hierro. Como en el caso de Choisy au Bac, la península de Huelva se hallaba estratégicamente situada entre dos grandes cursos fluviales que permitían el acceso a las riquezas de su hinterland: los minerales tanto del SO. como de Extremadura, pero también, el ganado, posiblemente la sal y otros productos más difíciles de detectar.

Así pues, los restos de madera asociados al hallazgo, a los que, curiosamente, únicamente se refiere Terrero, podrían, tal vez, corresponder al barco hundido. Pero, como en Runnymede Bridge, en Clifton o en Caldicot (3), podría tratarse de un embarcadero. O, como en North Ferriby, de una calzada de madera que permitía deslizar las embarcaciones de y hacia la playa. O, podría tratarse de una empalizada y de una plataforma de madera de carácter ritual, como en Flag Fen. O podrían, simplemente ser parte de las armas.

No conservamos restos de la madera, ni el hallazgo fue seguido de una excavación submarina – impensable además, en la época –, por lo que cualquier especulación sobre el significado del hallazgo de madera, es totalmente gratuito. Lo único que he pretendido con esto es indicar, que la interpretación como pecio, aunque no rechazable, ni es la única posible ni es, probablemente la que mejor encaja con los datos.

Es cierto que el conjunto de bronceos fué dragado a bastante profundidad y sellado entre una capa de aluviones modernos arriba y otra de arcilla estéril, abajo. Ello avala la contemporaneidad de la deposición y la posibilidad de que se trate, en efecto, de un buque hundido. Pero, por la misma razón, nada prueba tampoco que no fueran arrojadas voluntariamente a las aguas desde algún tipo de plataforma o embarcación (fig. 26)

No es menos cierto que los bronceos se dragaron en un espacio relativamente restringido. Pero ¿ hasta qué

punto? La draga Cinta que fue extrayendo entre marzo y abril de 1923 los bronceos, pertenecía al tipo de draga “de rosario”. Es decir, de cinta continua con cangilones. Esta, al contrario de las dragas “de cuchara”, remueve y arrastra el fondo, por lo que no podemos estar seguros del grado de concentración de los bronceos (4). En cualquier caso, ello tampoco demuestra necesariamente que fuera un pecio. También en Flag Fen los bronceos se concentraban en un perímetro muy concreto y sin embargo, no se trata del cargamento de un barco.

c) Aunque no en el sitio exacto del hallazgo de los bronceos, se han producido otros en zonas más o menos próximas. Terrero (1944), recogía en su trabajo, además del casco griego ya publicado con anterioridad por Albelda y Obermeier (1931), en el Boletín de la Real Academia de la Historia, un anzuelo, un cazo de bronce y dos fíbulas anulares. Del estudio de estas últimas, se encargará posteriormente Cuadrado (1969). También en 1943 Álvarez Sáez de Buruaga publicó una espada en lengua de carpa, supuestamente procedente de la Ría, en una colección privada. En 1963, Llobregat publicó otra, a la que concedió idéntica atribución aunque dice que fue encontrada en la playa, algo después del hallazgo de la Ría. Por ello, probablemente no pertenece al hallazgo de 1923. Finalmente, en 1977 Rouillard dió a conocer un fragmento de aríbalos procedente de los dragados en la Ría, sin otra especificación. En cualquier caso, estos objetos difícilmente podrían interpretarse como cargamento de un buque hundido. Pues cabe pensar que, por ejemplo, llevaran en las bodegas del supuesto barco, algo más que un casco o algo más que unas fíbulas. Tampoco parece factible interpretarlos como una pérdida casual. El único que podría, en todo caso, responder a esa explicación es el anzuelo pero, difícilmente los demás.

Del casco griego sabemos que apareció algo más al Sur, en el fondeadero del puerto de Huelva (Albelda & Obermeier 1931:6); De las fíbulas anulares y los restantes hallazgos publicados por Terrero no se da indicación alguna de su procedencia. Sólo se dice, explícitamente, que no proceden del mismo sitio que el conjunto de bronceos pero sí de dragados posteriores en la Ría. Del aríbalos (Rouillard 1977), no conozco referencia exacta alguna sobre las circunstancias de su hallazgo. En cualquier caso, vista la paleogeografía de la desembocadura de los ríos Tinto y Odiel, es difícil pensar que se perdieran “accidentalmente”. Y puesto que, como cargamento de buques resultan demasiado magros, sólo puedo pensar que fueron arrojados voluntariamente, de nuevo, desde una embarcación o desde algún tipo de plataforma. Ya que, tanto el casco griego, como las fíbulas, el cazo, etc., son cronológi-

(3) Véase el capítulo II.

(4) Mi agradecimiento a mi amigo Juan Pereira, quien me señaló las diferencias entre uno y otro tipo de draga y la importancia de este detalle para la interpretación del conjunto.

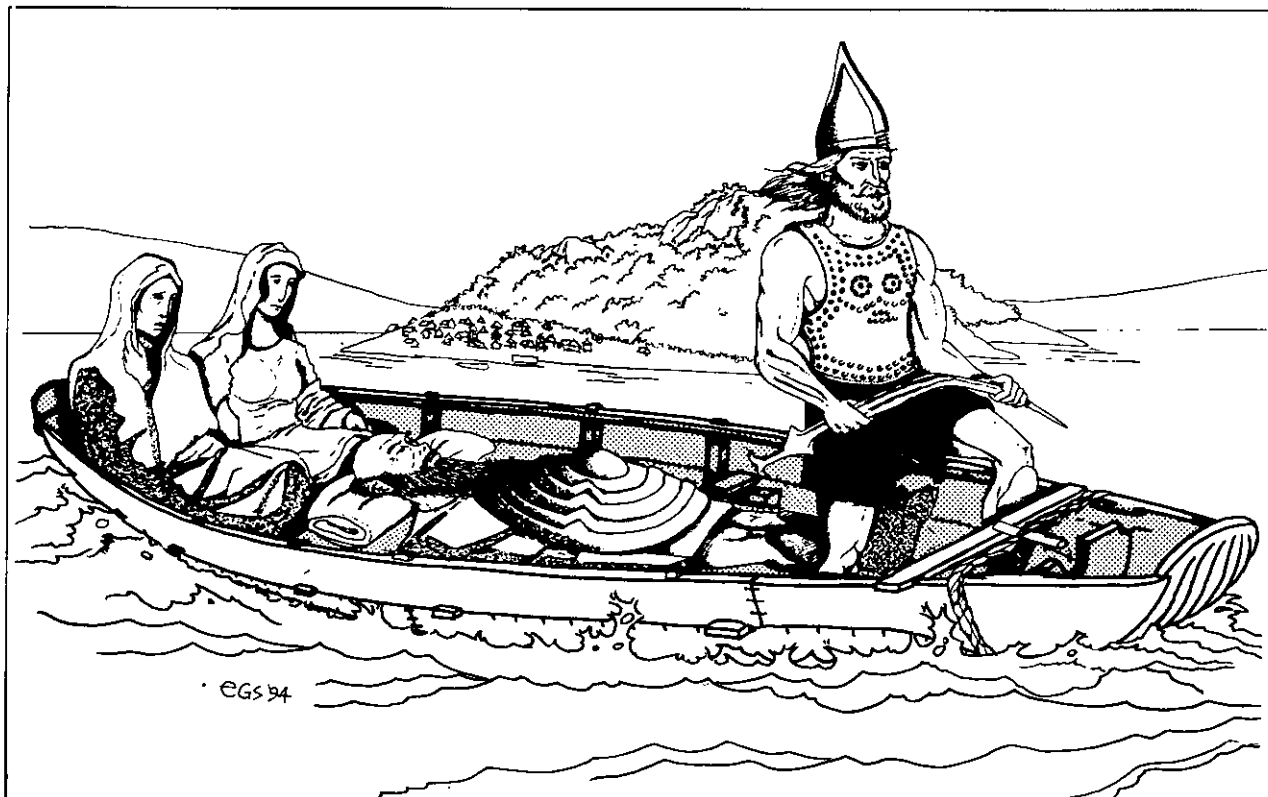


Fig. 26.—Reconstrucción imaginaria de cómo pudo formarse el depósito de Huelva.

camente muy posteriores al conjunto dragado en el año 23, cabe suponer que la desembocadura conjunta del Tinto/Odiel, seguía manteniendo su valor ritual con posterioridad a la Edad del Bronce, aunque no sabemos si su significado simbólico era entonces el mismo.

Vistas las evidencias, yo creo que hay más razones para pensar en una deposición intencionada que accidental de los bronce y su carácter social y no práctico. Knapp et al. (1988:248), consideraban que cuando útiles, armas y objetos de adorno aparecían juntos en el mismo depósito, significaba que estos últimos habían perdido su original categoría de objetos valiosos y apreciados, y que debían ser considerados meramente como mercancías en un depósito utilitario. Si esto es así, entonces creo que, claramente, Ría de Huelva responde a una categoría radicalmente opuesta, en la que los objetos reunidos, lo han sido por su valor categorizador como símbolo de estatus social y no por su valoración como mercancía.

d) ¿Qué significado tiene entonces Ría de Huelva?

Para tratar de aclarar este punto, lo primero que debemos entender es que hallazgos de este tipo, en contextos sagrados o rituales, se producen no sólo en la Edad del Bronce y no sólo en la Europa atlántica.

La reciente publicación de Bradley (1990), recoge numerosos ejemplos que superan ampliamente el marco cronológico de la Edad del Bronce y el geográfico de la cuenca atlántica. Asimismo, en el Capítulo II de este libro, vimos variados casos de hallazgos en ríos centroeuropeos, desde el Neolítico a época romana. V. Bianco Peroni (1978-79: 321-335) recoge igualmente hallazgos de armas, especialmente espadas de la Edad del Bronce, en ciertos ríos italianos, en especial de la mitad septentrional de la Península que, como sabemos, pertenece geográfica, climática y culturalmente al mundo mediterráneo.

Más recientemente se ha publicado el hallazgo, obra de dos pescadores, de tres cascos de tipo Montefortino de la Segunda Edad del Hierro, cerca de las Piedras de las Barbadas, frente a la desembocadura de la Rambla Cervera o Río Seco (Castellón de la Plana) (Oliver 1992). El sitio es un antiguo fondeadero, hoy entre -6 y -10 m. de profundidad, aunque, de acuerdo con Oliver (Ibidem:205), durante el período de funcionamiento, la zona estaría menos sumergida y las piedras formarían un islote frente a la desembocadura.

Incluso, depósitos y hallazgos sueltos de la Edad del Bronce, se producen en la mitad NE. de la Península Ibérica en circunstancias y contextos similares a los de

la mitad occidental o "atlántica" de ésta, como puertos de montaña y, en general, puntos de cruce. Es el caso de la espada "Tipo Monza" (Masachs 1975), de La LLacuna, encontrada entre las grietas de una roca, *al pie de serra Puigfred*, en el Penedés. O el depósito de LLavorsí (Lérida) (Gallart 1987), muy cerca de los Pirineos. Este es, a mi juicio por su contenido – armas, adornos y útiles – y por la morfología foránea de algunas de las piezas, un típico depósito de chatarra, de mercancía. El conjunto se descubrió en la *vertiente N. de la Castelleta, próxima al pico de Puig d'Urdossa*, en una vía de paso próxima a la confluencia de dos corrientes fluviales.

¿Por qué entonces consideramos que es una característica del mundo occidental o atlántico?

Porque, a diferencia de Europa Central o Mediterránea, una constante en el ámbito de Europa Occidental es la pobreza de la información habitacional. Desde el Neolítico, como recuerda Sherratt (1990), se produce una clara dicotomía entre Europa Central y Occidental. En la primera conocemos los poblados campesinos ubicados en el cinturón de loess. Pero las necrópolis sólo tardíamente empiezan a hacer su aparición. Por el contrario, en el ámbito Occidental, desde los inicios de la agricultura el mundo de los muertos parece dominar al de los vivos. Apenas entre mediados del III milenio y la transición al II^o, es decir, entre el Calcolítico/Campaniforme y los inicios de la Edad del Bronce (5), poseemos algunas evidencias más firmes de habitación prolongada. Posteriormente, esta se vuelve más difusa o, francamente inexistente en la mayor parte de la misma y, otra vez, es el ámbito funerario el que nos da la clave de la presencia humana en el territorio de estudio. Cuando a mediados del II^o milenio a.C. (6) también las necrópolis comienzan a rarearse, el vacío informativo se hace aún más dramático. Si en estas fechas conocemos bien el poblamiento, tanto en la cuenca del Mediterráneo como en Europa Central, en la que, además de las necrópolis tumulares vamos adquiriendo creciente evidencia de habitats (Grimmer–Dehn 1989), o en el ámbito alpino, en el que conocemos una larga y continuada secuencia de ocupación humana gracias a las posibilidades brindadas por la Dendrocronología (Billamboz et al. 1989), el panorama en el área Occidental es desolador. Casi no contamos con otra evidencia para reconstruirlo que los hallazgos metálicos, aparentemente muy abundantes en la región, aunque, dado que prácticamente no contamos con otro tipo de información con el que compararlo, hemos tendido seguramente a sobrevalorar el papel de la metalurgia.

El interés por el estudio de la metalurgia atlántica se ha centrado además, durante mucho tiempo, en los

aspectos tipológicos y cronológicos deducibles de su estudio. La razón para ello era la asunción de que estos objetos, depósitos o hallazgos aislados, carecían de todo contexto arqueológico puesto que no aparecían ni en el interior de lugares de habitación, ni formando parte de ajuares funerarios. Y que por lo mismo, de su estudio era imposible extraer información sobre el patrón de ocupación humana de un territorio y, mucho menos, de la organización social o ideológica. Cuando estos hallazgos metálicos se producían en el lecho de los ríos o lagos, como en el caso de la Ría de Huelva, se interpretaba como testimonio del hundimiento de un buque de carga. Incluso, cuando el dragado de armas en ciertos ríos comenzaba a resultar reiterativo, se consideró fruto de un intenso tráfico comercial en sus aguas (Mohen 1977:199).

La publicación en 1971 por Walter Torbrüge de un trabajo, iluminador y fundamental, acerca de los hallazgos en las aguas, vino a demostrar sin embargo, que lejos de ser pérdidas accidentales o fruto de desgraciados accidentes de navegación, aquellos eran intencionados y dotados, en muchos casos, de simbología funeraria. De la importancia de este trabajo da idea el que, cuantos han escrito después sobre este fenómeno (Bradley 1982, 1988 y 1990; Ruiz-Gálvez 1982 y 1984; Brun 1988; Belén/ Escacena/Bozzino 1991; Belén & Escacena 1992a & b; Escacena 1989; Warmenbol 1991), se han inspirado, directa o indirectamente en el mismo. El hecho de que, en la mayoría de los ríos que vierten al atlántico se produjeran hallazgos de armas de la Edad del Bronce y, muy especialmente a partir del Bronce Medio, cuando de modo paulatino las necrópolis empiezan a rarearse, favoreció su interpretación en tanto que ritual funerario alternativo al enterramiento formal. A ello contribuyó el hallazgo y datación en época sincrónica de las armas, de cráneos humanos (Bradley & Gordon 1988). Y, puesto que, a diferencia de otras regiones en las que, amén de hallazgos en las aguas se conocían necrópolis, en la Europa Atlántica no se conocen otras formas de enterramiento alternativo, se ha venido a considerar típico y característico, no sólo del ritual funerario, sino también del mundo ideológico atlántico (Escacena 1989; Belén/Escacena/Bozzino 1991; Belén & Escacena 1992a & b; Ruiz-Gálvez 1991).

Y yo creo que estas premisas siguen siendo básicamente ciertas, aunque precisan ciertas matizaciones.

Nosotros, como hijos de una civilización moderna, urbana y occidental, tendemos a proyectar nuestras propias percepciones y nuestra propia visión "domesticada" del paisaje, cuando interpretamos el registro arqueológico. Así, el concepto de lo que es un hallazgo en contexto o descontextualizado, deriva de nuestros propios prejuicios sobre lo que tal concepto significa y de nuestros patrones psicológicos. Estos condicionan nuestra visión, parcelada y domesticada, del paisaje humano. Sin embargo, Tim Ingold (1986),

(5) La cronología que se emplea es calibrada.

(6) Es decir, en lo que convencionalmente llamamos Bronce Medio.

explica muy bien cómo la percepción del paisaje es distinta para un cazador/recolector móvil que para un agricultor sedentario. Para quien se halla inmerso en el paisaje que para quien se apropia de él, lo acota, parcela y domestica. Para nosotros, cualquier vestigio arqueológico que no aparece en un poblado o en una necrópolis, carece de contexto arqueológico, porque, pensamos, el lugar de habitación o de enterramiento es el referente visible de la presencia humana permanente y de la domesticación por parte del hombre, de la naturaleza. Más, para alguien que se mueve en el paisaje como es un cazador, pero también un ganadero o un grupo humano, en general, cuya forma de vida se basa en la movilidad, los referentes visibles son otros. Son aquellos que facilitan su tránsito por éste y que le permiten acceder a zonas de recursos importantes. Richard Bradley (7) (1991) (Bradley et al 1993 & 1994) ha aplicado estas ideas al estudio del arte rupestre. Más recientemente E. Galán (1993:60), ha empleado estos mismos conceptos en el estudio de las estelas de guerrero del Bronce Final del SO. Según él, las estelas serían referencias visibles en un paisaje habitado, pero aún no asentado aunque en trance de transformarse en territorio. En opinión del autor, las estelas cumplirían el papel de control territorial que, en un paisaje domesticado, cumplen habitualmente el poblado y la necrópolis. Dentro del mismo, las estelas se sitúan, tanto marcando fronteras entre territorios como, dentro de éstos, sirviendo de referencias sobre puntos de tránsito y zonas de aprovechamiento, no única, pero sí fundamentalmente ganadero.

De la misma manera, armas en las aguas o incrustadas en las rocas, son un referente, un lenguaje visible para quien transita por un territorio aún no acotado y delimitado mediante la parcelación y erección de poblados y murallas, del control de una vía estratégica. Algo que, en la Edad Media se hace patente mediante la construcción de castillos que controlan el paso y cobran portazgo o pontazgo.

Es decir, lo que hace este fenómeno de la deposición de objetos metálicos tan típico del mundo atlántico es, a mi juicio, no sólo que sea un rito de paso, funerario seguramente, sino, sobre todo, el hecho de que el mundo de los muertos, como el de los vivos, es percibido y se inscribe en el paisaje, de una forma totalmente distinta a otras regiones como la Europa Central y Mediterránea. Ello supone un concepto diferente del paisaje que es fruto de unas prácticas económicas y de una organización social distintas. Es difícil pensar que ello no conlleve también un mundo ideológico propio.

Decía recientemente Rowlands (1993:93), a propósito de la diferencia, tanto en el orden ideológico como

en el relativo a la organización política, entre la construcción de monumentos funerarios conmemorativos, visibles y hechos para ser constante recordatorio y la destrucción de objetos/personas, mediante su amortización en tumbas o su deposición en las aguas, que ésta radica fundamentalmente en la propia naturaleza del origen del orden, el poder y la cohesión en uno y otro tipo de sociedad. Los monumentos conmemorativos son propios de sociedades donde la naturaleza del poder está institucionalizada. La destrucción de los objetos/personas son propios de aquellas otras, en las que el poder no lo está aún. Así, unos funerales se convierten en acto público de sucesión/competición por el poder.

Algo similar señalaron Chapa/Pereira (1991) y yo misma (Ruiz-Gálvez 1992), a propósito de la paulatina desaparición del metal precioso en las tumbas, tanto ibéricas como de la Meseta, en la Segunda Edad del Hierro.

Según esto, tanto las estelas del Suroeste (Galán 1993:62), como las armas ritualmente depositadas, serían reflejo de un tipo de sociedad con claras y crecientes diferencias jerárquicas, pero donde los papeles políticos aún no aparecen netamente institucionalizados: Es decir, que nos hallaríamos en sociedades Big Men complejas o en jefaturas incipientes, en las que todavía es necesario "reivindicar" derechos políticos, mediante actos públicos de generosidad calculada. (Harris 1989; Bradley 1982).

Ahora bien, el énfasis en marcar mediante la deposición en las aguas, el control sobre un territorio o sobre un punto de paso de valor estratégico, no es una constante en el SO. a todo lo largo de la Edad del Bronce como en otras regiones (Bradley 1990), sino que parece iniciarse en el Bronce Final.

Un repaso al inventario de hallazgos de armas del SO. "descontextualizadas", parece apoyar tal extremo. Así, antes del Bronce Final, sólo en Andalucía Oriental/Submeseta Sur, se documenta éste tipo de hallazgos. Son las de Montejícar, (Gómez Moreno 1949), Atarfe (Vázquez de Parga 1933-34), Linares (Carriazo 1947) y Puertollano (Siret 1913). Son espadas argáricas y, por tanto, locales, en el sentido de que, al contrario que las atlánticas, responden a un tipo que no se conoce fuera de la Península Ibérica. Su presencia en tales puntos señala, en mi opinión, una ruta ganadera entre la Submeseta Sur y el SE. andaluz.

Ningún hallazgo parecido se produce en tales fechas en la mitad Suroccidental de Andalucía. El primer hallazgo que podemos contabilizar es la espada Rosnøden de Larache (Marruecos) (Ruiz-Gálvez 1983), que aunque no producido en Andalucía, refleja un claro y temprano interés en la ruta del Estrecho. Su cronología, de acuerdo con las propuestas de Gómez (1991) que vimos en el Capítulo 6º, podría situarse entre mediados/fines del s. XIII y fines del s. XII a.C.

(7) Todas las ideas que aquí se recogen sobre Arqueología del Paisaje, sobre las diferencias conceptuales entre paisaje y territorio o sobre el propio concepto de territorialidad, son deudoras de largas e intensas conversaciones mantenidas con Richard Bradley en Reading y Oxford, en otoño de 1989. Y de sus enseñanzas.

Tras ella se situarían las espadas pistiliformes de Extremadura y Andalucía que, en cronología de Gómez (ibidem) habría que datar entre el s. XII y mediados del s. X. Y tras ellas, las espadas en lengua de carpa andaluzas datables entre mediados del s. X y la colonización fenicia. Todas son hallazgos en las aguas (Ruiz-Gálvez en prensa a). La única excepción, Cabezo de Araya (Cáceres), (Almagro 1961), por su estado fragmentario y la mezcla de elementos de vestido, armas y útiles, debe entenderse como un auténtico depósito de fundidor, apreciado como mercancía. Curiosamente, esta es la única espada en lengua de carpa conocida, hasta la fecha, en Extremadura.

Como vimos que en Ría, algunas piezas como las lanzas de ojales y "tipo París", corresponden tipológicamente al Bronce Final II, una fecha entre 1000/850 a.C. me parece factible. Ello implica también reconocer que la Ría se ha podido ir acumulando a lo largo de más de un siglo.

¿Qué ocurre a partir de, digamos, s. XII a.C., en adelante, para que se produzca este, aparentemente repentino interés, en marcar el control de vías estratégicas de acceso y cruce? Y ¿qué ocurre para que, a partir aproximadamente de la transición del IIº al Ier Milenio a. C., puntos como las desembocaduras del Guadalquivir y del Tinto/Odiel se vuelvan tan importantes?

Para tratar de entenderlo debemos extender la vista más allá de nuestra región y ver qué está pasando por esas fechas en el Mediterráneo y en el Continente europeo.

A partir de los años 80 y en el ámbito de habla inglesa, han empezado a desarrollarse los modelos Centro/Periferia (Véase, por ejem. Rowlands et al 1987; Champion (ed) 1989; Earle (ed) 1991; Kristiansen & Jensen (eds) 1993; Frank 1993; Sherratt 1993 a, b y c). Estos pretendían, de un lado, ser una alternativa racional a los modelos "difusionistas". Por otra, surgieron como respuesta a las reivindicaciones "autoctonistas" de la Nueva Arqueología, ante la evidencia que la Dendrocronología y el Radiocarbono calibrado ofrecían, de que los "Wessex" existieron, "without", es verdad, pero también "with" las "Micenas" (Harding 1980; Becker et al 1989; Barfield 1991; Ransborg 1991).

Estos modelos copiaban el de "Sistema Mundial", desarrollado por el historiador económico Emmanuel Wallerstein (1974), para analizar las relaciones económicas surgidas entre las metrópolis europeas y sus colonias, a partir de la Era de los Descubrimientos y del primer capitalismo europeo. Estas relaciones desequilibradas entre Estados en naciente proceso de industrialización y sociedades de desarrollo político y tecnológico inferior se saldaron a favor de aquellas: materias primas por manufacturas. Las segundas, además, poseen un valor "añadido", al haberse aplicado a

su fabricación una tecnología o unos conocimientos altamente especializados e inaccesibles en sus puntos de destino.

Wallerstein (citado en Frank 1993:386), afirmaba que su modelo de "Sistema Mundial", no era aplicable más atrás de 1450 y no servía como modelo para los imperios antiguos. Sin embargo, desde los años 80 se ha venido aplicando para estudiar, tanto los imperios orientales antiguos, como para las sociedades europeas de la Edad del Hierro y sus relaciones con los emporios comerciales históricos. En especial, los contactos de griegos y etruscos con las jefaturas hallstáticas de la Primera Edad del Hierro.

En algunos casos (Kristiansen 1993; Frank 1993), se ha hecho un uso, en mi opinión, excesivo de estos modelos, al pretender aplicarlo a períodos precedentes, de modo que la moderna Europa sería apenas la continuación de la surgida en la Edad del Bronce. De tal manera, desde el III.º Milenio a.C., y a partir de las relaciones Centro/Periferia con las potencias mercantiles del Mediterráneo, se habría forjado la identidad geográfica e histórica europea. No deja de resultar curioso que en tales modelos, el término "Europa" se aplica a la parte Central, Septentrional y Occidental de la misma. El resto se denomina ambigua y genéricamente "el Mediterráneo". El mensaje político subliminal que subyace en el modelo parece, a mí al menos, inquietante.

Más equilibrada y moderada me parece la aplicación de este modelo por parte de autores como Sherratt (1993a, b y c). Este ha acuñado el término *márgen*, como complemento de los ya conocidos Centro/Periferia. Para él (ibidem 1993a:4-6), el término *Centro*, debe aplicarse sólo a "amplias masas de consumidores urbanos y de centros manufactureros". *Periferia* definiría únicamente a "aquellas sociedades que emprendieron transformaciones estructurales, como resultado del establecimiento de intercambios regulares con consumidores privilegiados de otros puntos". La periferia según él, no llegaría en la Europa del IIº milenio, más allá del Mediterráneo Central. Finalmente, existiría una tercera zona que él denomina *Márgen*, al que llegarían contactos e influencia indirecta de los emporios urbanos. Este, como dice E. Galán (1993:67), es la periferia de la periferia. Aunque desconectada de los procesos de tensión y competición entre Centro/Periferia, pudo producirse aquí la llegada de ciertos elementos aislados de comercio o tecnología, si bien desprovistos de su significado originario. Ello no produce realmente interdependencia, ni transformación de la sociedad receptora, sino que son absorbidos e incorporados a la propia sociedad.

Yo creo que este modelo sí sirve para comprender el contexto en el que el fenómeno que representa Ría de Huelva se produce. Y, además resulta más adecuado que el modelo de "precolonización", (Almagro Gorbea 1989 y 1993a), que no deja de ser un concepto vago, ambiguo y nada inocente.

Hay crecientes pruebas de que elementos aislados, no sólo manufacturas, sino también tecnológica, están paulatinamente llegando al Sureste y Mediodía Peninsular desde el último tercio del IIº Milenio a. C. Véamoslas detenidamente:

d.1. La tecnología del torno.

Tras la primera e impactante publicación de los fragmentos de cerámica micénica del HR IIIA2/IIIB de Montoro (Martín de la Cruz 1988 y 1992), Martín de la Cruz ha publicado recientemente (Martín de la Cruz & Pertines 1994), nuevos hallazgos de cerámica a torno en contextos del Bronce Final del Mediodía peninsular. Las dos primeras cerámicas publicadas, se situaron en razón a la cronología aceptada para su producción, entre fines del s. XIV y mediados del s. XIII a.C. Del nivel en que estas cerámicas se hallaron y del inmediatamente encima de aquellas, proceden sendas dataciones radiocarbónicas con desviaciones estándar aceptables. Calibradas (fig. 15), presentan intervalos de calibración de 307 y 368 años respectivamente. La muestra del nivel donde se hallaron las cerámicas (C.S.I.C.795), se situaría entre último tercio del s. XV y último tercio del s. XII a.C., con tramos más fiables entre 1400/1260 y 1240/1220 a.C. La procedente del nivel superior, (C.S.I.C. 794), se dataría entre fines del s. XV y segunda mitad del s. XI a.C., con tramos más fiables entre 1380/1350, 1320/1160 y 1140/1130 a.C. Probablemente las fechas más adecuadas para estas cerámicas sean entonces las de inicios/mediados del s. XIII a.C.

Amén de las ya conocidas, el autor recoge ahora un conjunto de cerámicas lisas, mayoritariamente soportes aunque también hay tinajas y vasos globulares, fabricados a torno, procedentes del propio yacimiento cordobés de Montoro y de los de Purullena, Gatas y Carmona. Estas cerámicas aparecen generalmente, asociadas a materiales tipo Cogotas I. Los análisis por activación neutrónica de muestras de los tres primeros sugieren idéntica procedencia para todos ellos. Una de las piezas analizadas es un vaso globular procedente igualmente de Montoro. Este posee una amplia serie de dataciones para el contexto al que la cerámica a torno pertenecería (Véase Martín de la Cruz 1992: nota 2). Lamentablemente, la mayor parte de ellas, en especial las obtenidas en el laboratorio de la Universidad de Granada, presentan desviaciones estándar considerables: 130 años, 120 años, 110 años, incluso 250 años, por lo que calibradas (fig. 15) presentan intervalos respectivamente de 677 años, 602 años, 584 años, o 1290 años. Las más aceptable CSIC 624, que parece proceder del estrato I, corte B1-2, se sitúa entre 1257/920a.C., con tramos más fiables entre fines del s. XII y s. XI a.C. Presenta materiales Cogotas I y fragmentos de soporte a torno.

Más informativas para la cronología de estas cerámicas a torno son las muestras GrN 7284 y 7285 del

yacimiento granadino de Purullena (Ibidem 1992:341 y nota 3). Estas se obtuvieron de sendas muestras de trigo y carbón, procedentes del incendio de un edificio de planta rectangular, en cuyo interior aparecieron contenedores de trigo y recipientes a torno. Las dos fechas presentan desviaciones estándar, muy aceptables, de 35 años y calibradas, se sitúan entre 1424/1262 a.C. la primera y 1512/1323 a.C. la segunda. Los tramos más fiables están, respectivamente, entre 1405/1320 y 1440/1400 (fig. 15). Dada la naturaleza de las muestras, cereal carbonizado en el primer caso y carbón, en el segundo, considero más "afinadas las dataciones de s. XIV a.C. La fecha también nos serviría para situar las cerámicas Cogotas I, con las que, en palabras del autor (ibidem:341), estarían asociadas culturalmente.

Vemos pues, que en términos generales, la datación radiocarbónica coincide con lo esperado. La fecha CSIC 624, antes mencionada, podría hacer referencia a momentos recientes o finales de utilización de estas cerámicas.

Otra evidencia indirecta de la temprana presencia del torno son los brazaletes tipo Villena. En un convincente trabajo, Armbruster y Perea (Armbruster 1993; 1995; Armbruster & Perea 1994) han demostrado en fechas recientes, que estos brazaletes se han fabricado mediante la aplicación de instrumentos rotativos. No voy a repetir aquí mis argumentos, puesto que ya los he expuesto ampliamente en otros lugares (Ruiz-Gálvez 1992, 1993 y 1995), sobre la cronología alta de Villena en contra las dataciones más bajas que propone Perea (1994). Sí quiero insistir en que los contextos de aparición de las cerámicas a torno antes citadas, refuerzan el argumento de su antigüedad y de su anterioridad a la colonización fenicia y a la auténtica introducción de la siderurgia y del torno del alfarero.

d.2. Los objetos de hierro.

En cuatro casos, poseemos seguras evidencias de presencia de hierro en contextos, a mi entender, claramente anteriores a la colonización fenicia (Véase también Almagro Gorbea 1993a). Estos son el conjunto ya citado de Villena, la Ría de Huelva, el depósito portugués de Baiões (Silva 1986) y Peña Negra (Gonzalez Prats 1992).

En tres de ellos, su presencia no supone producción local o dominio de su tecnología. En el cuarto, a pesar de su presencia en una escombrera de fundición, tampoco existen indicios de producción local. El contexto de aparición en los dos primeros casos, Villena y Huelva, parece implicar una apreciación desde el punto de vista social, más que práctico. Es decir, es el **know how**, el conocimiento privilegiado de una tecnología nueva o la asociación con quienes la poseen y traen, lo que se aprecia (Ruiz-Gálvez 1992:231-4). En el caso de Villena, al menos uno de los objetos de hierro apa-

rece embutido en oro. En el de la Ría de Huelva, aunque el fragmento, inventariado con el nº 24/60/133, es totalmente informe a causa de su permanencia bajo el agua, el propio contexto de su aparición indica, como espero que haya quedado demostrado, una apreciación social más que práctica del nuevo metal.

En cuanto a Baiões, he discutido recientemente (Ruiz-Gálvez 1993:50) el posible significado que el cincel de hierro enmangado en bronce podría tener dentro del conjunto. Mi impresión es que, el hecho de que se trate de un útil implica cierto conocimiento de sus ventajas prácticas. Pero, al mismo tiempo, el que aparezca enmangado en un cincel tubular de bronce de tipología "atlántica", refleja cuán precaria es la familiarización con esta nueva tecnología y muy probablemente, que la pieza ha sido importada y no producida localmente. El que se haya adaptado a otra local, habla en tal sentido y señala que es la pieza, no la tecnología lo que se está adoptando.

El cuarto caso es el yacimiento alicantino de Peña Negra, de cuya ocupación del Bronce Final procede un taller de fundidor con escombrera en el exterior. En esta, amén de restos de moldes y escorias de fundición, se localizó un fragmento de hierro (Gonzalez Prats 1992:144). Gonzalez Prats (ibidem), afirma que se trata, obviamente, de un fragmento importado. Y tiene razón. Lo que dudo es de que sea el objeto en sí, lo importado. Pues, como vimos en los capítulos 3 y 4 de éste texto, el análisis de las escorias de Peña Negra revela recuperación de material de desecho. Es decir, que es posible que este objeto de hierro, entero o fragmentado como se halló en la escombrera, formara parte de un lote de chatarra recogido en puertos del Mediterráneo Central. A favor de ésta interpretación estaría, aparte del propio carácter heterogéneo de las escorias recogidas en la escombrera, la ausencia de evidencias de fundición local del hierro o de la presencia de objetos importados. Creo, por tanto, que el fragmento de hierro de la escombrera de Peña Negra, debió formar parte de un lote de chatarra recogido, posiblemente en el Mediterráneo Central. Ello implica conocimiento de ese metal, pero igualmente, incapacidad técnica para producirlo o transformarlo localmente.

Lo importante, en cualquier caso es que, todos estos son indicios a favor de la llegada, probablemente no masiva, de objetos de hierro, bastante antes de la Edad del Hierro.

d.3. **Uso de técnicas de aplique y ensamblaje de piezas.**

Alicia Perca (1991) señalaba en su Tesis, cómo algunas de las piezas del tesoro de Villena llevaban clavos para aplicarse como remate a otras piezas. Este tipo de técnicas carece de tradición en la Península Ibérica donde, aún en épocas posteriores como se vé

en Ría, el sistema de pasadores sirve para ensamblar unas piezas con otras. Sin embargo, como ya señalé (Ruiz-Gálvez 1992:233 & 1993:49), esta técnica de aplique a base de clavos sí se conoce en Chipre, al menos desde fines del s. XIII a.C. (Catling 1964:138).

Un segundo sitio donde aparecen clavos en época preferencia es Peña Negra (Gonzalez Prats 1990:87 y figs.59 y 60) y como el propio Gonzalez Prats señala (ibidem:88), son similares a los del depósito de Vénat.

En este mismo apartado podrían incluirse los clavos cónicos del casco de crestas de la Ría, si bien por su sistema de sujeción están más próximos de los pasadores que de auténticos clavos.

d.4. **Tejidos de lujo, nuevas formas de vestimenta, de consumo y exhibición.**

En este apartado tenemos información de índole diversa. Por ello procederemos a analizarla separadamente.

Vajilla de lujo para la comida y bebida. Representada en tres hallazgos claramente preferenciosos: Villena, Berzocana y Baiões. Como en el caso del hierro, en los dos primeros, su apreciación es social. En el tercero, tengo razones para pensar que se trata de chatarra apreciada por su materia prima. Es decir, como mercancía.

A falta de un estudio desde el punto de vista técnico como el llevado a cabo en los brazaletes, es difícil saber si la vajilla de oro y plata pudo o no fabricarse mediante tecnología local. No hay paralelos exactos para la vajilla y es plausible que imite motivos cerámicos locales. Pero, desde luego, lo que carece de precedentes locales y sin embargo sí los tiene en el mediterráneo, es la idea de la vajilla en materiales nobles (Ruiz-Gálvez 1992:234). En un interesante estudio sociológico sobre las formas de comida como símbolo de clase, Goody (1982) explica cómo en las sociedades "de clases", con sistemas de alianza endógamas y marcadas diferencias de estatus, la comida, la calidad o exotismo de esta, así como el servicio para su consumo, diferencian a la élite del común. No es extraño pues, que las vajillas en metales nobles se originen en el Mediterráneo. Y tampoco que, independientemente de si es importada o fabricada de acuerdo con las pautas sociales locales, este tipo de vajilla aparezca en el SE., una región de economía agraria desarrollada y con indicios en sus necrópolis de la existencia de posiciones sociales heredadas. Carecemos de indicios cronológicos que permitan datar la vajilla. Pero su asociación a brazaletes fabricados con un instrumento rotativo y a hierro, permite suponer para el conjunto unas fechas antiguas, semejantes a las de las cerámicas a torno andaluzas.

En el caso de la pátera de Berzocana, Almagro Gorbea (1974a y 1977), y más tarde Schauer (1983: 179 y ss), señalaron su semejanza con recipientes

metálicos egipcios que, a partir de la 2ª mitad del IIº milenio a.C., aparecen también en el ámbito sirio-palestino y en necrópolis chipriotas del chipriota reciente IIIA, chiprio-geométrico I y II y protogeométrico. Schauer (ibidem:183), atribuyó en ése trabajo una cronología alta, entre los s. XIII/XII a.C. a Berzocana, basándose en la propuesta para conjuntos de torques macizos franceses y a estos recipientes en ámbito egipcio. Pero es difícil precisar la cronología de estos torques Sagrajas/Berzocana, porque no aparecen asociados a elementos datables. Si podemos asociar, como parece, los de Baiões con el depósito y el hábitat inmediatamente próximos (Silva 1986), habría que situar este tipo de orfebrería en fechas más recientes a las propuestas por Schauer y más acordes con las de Almagro Gorbea (s. XI/X a VIII a.C.). Estas casan también con las de estos recipientes en contextos funerarios chipriotas y posiblemente, contribuirían a explicar la presencia de un asador atlántico en la necrópolis chipriota de Amathus, de morfología según Karageorghis (1989:16), totalmente ajena al ámbito del Mediterráneo oriental.

Finalmente, de los cinco cuencos metálicos del depósito de Baiões (Silva 1986), al menos tres están rotos y un cuarto parece reparado. Por ello y por razones ya expuestas en otro lugar (Ruiz-Gálvez 1993:50), me inclino a pensar que se trata de mera recogida de chatarra y no de vajilla para el consumo.

Otros elementos ligados al consumo ritualizado de comida, como pueden ser calderos, ganchos y asadores para la carne, aunque Mediterráneos en origen (Almagro Gorbea 1974b; Mohen 1977a; Hundt 1953; Jockenhövel 1974; Gómez 1991 y 1993; Delibes et al. 1992-3) están llegando al Centro y Occidente de Europa desde comienzos del Bronce Final. Los contextos de aparición difieren de unas regiones a otras, desde tumbas de varones de alto rango en las dos primeras, a deposición ritual o hallazgo como chatarra, en la tercera. Ello quiere decir que, aunque su uso debió ser el mismo, probablemente tanto los rituales como el significado de su consumo, fueron diferentes. Lo que sí parece reflejar en todos los casos, es el énfasis en el ganado – bóvido especialmente, pero también oveja – como riqueza (ILIADA rapsodias I, II, IV, IX..., etc; ODISEA rapsodias III, XIV, XIX..., etc.).

Formas de atuendo y arreglo personal. De las que tenemos un numeroso y variado abanico de ejemplos. De entre los que, cronológicamente parecen más antiguos señalaré el broche de cinturón, el peine, las pinzas de depilar y la fíbula “ad ochio” de la tumba portuguesa de Roça do Casal do Meio (Spindler & Veiga Ferreira 1973), por varias razones. Primero, porque representan ejemplares de cronología antigua dentro de la Península Ibérica. Segundo, porque tienen paralelos en el Mediterráneo. Tercero porque fíbula y broche, elementos de vestimenta sin precedentes en la región, señalan la introducción de formas nuevas de

vestirse y, probablemente, sujetaban telas mediterráneas costosas (8). Algo semejante puede decirse de las pinzas de depilar y del peine. Estas son mucho más que un mero objeto de cosmética pues aluden a patrones estéticos identificativos de clase u oficio (Véase de nuevo Goody 1982), y como en el caso de la fíbula y el broche, carecen de precedentes. Ambos, pienso, parecen asociarse al cuidado de la barba, un símbolo de edad y jerarquía.

Otra razón por la que Roça do Casal do Meio es importante, es el propio tipo constructivo de la tumba, una sepultura de falsa cúpula. Belén et al. (1991), sugieren que esta tumba podría pertenecer a comerciantes mediterráneos, posiblemente sardos. Basan su sugestiva propuesta en dos argumentos, a mi juicio, convincentes: la falta de enterramiento formal en la región durante el Bronce Final y el que el tipo de tumba es distinta de las conocidas en el Calcolítico de la región y, por el contrario, se asemeja a las del Bronce Final de Cerdeña. Esto último había sido ya señalado con anterioridad por los propios excavadores (Spindler & Veiga 1973:107). Si en algo disiento de Belén y Escacena, es en la cronología, baja a mi parecer que atribuyen a la tumba: s. IX/VIII a.C. Sin embargo, fíbulas sicilianas “ad ochio” o chipriotas “de arco serpegiante”, admiten fechas más altas, s. XI/X a.C. Y estas fechas coinciden también con el ambiente de otros yacimientos peninsulares en las que éstas aparecen (Ruiz-Gálvez 1993:49-50), y con el de Ría de Huelva.

La propia Ría de Huelva nos ofrece otro buen ejemplo. Broches de cinturón, fíbulas, botones y alfiler, son complementos costosos de trajes, posiblemente también, suntuarios. De todos ellos, sólo los botones se conocían ya antes de Ría de Huelva, en depósitos atlánticos tipo Saint-Brieuc-des-Iffs (Briard/Onnée 1972: láms XV y XVI). Igualmente se documentan en depósitos atlánticos coetáneos de Ría, como Vénat o la Prairie des Mauves, si bien son de otro tipo (Ruiz-Gálvez 1984:174). Morfológicamente son muy simples y es difícil especular sobre una u otra procedencia. Es posible que, como otros muchos elementos, hayan podido llegar al SO. desde el ámbito atlántico aunque su origen último sea mediterráneo. Las restantes piezas, si bien probablemente fabricadas en la región, tienen su origen último en Chipre y el Mediterráneo Central.

Otros muchos yacimientos coetáneos a la Ría, documentan la introducción de nuevos conceptos de estética y cuidado personal. De ellos, señalaré Peña Negra (González Prats 1983, 1990 y 1993) porque presenta evidencias de la llegada de formas novedosas de vestimenta.

Amén de fíbulas de codo, el registro arqueológico del sitio revela la presencia, desde los momentos más

(8) Sobre dicho tema existe en este momento una Memoria de Licenciatura en curso, bajo mi dirección.

antiguos de su ocupación, de brazaletes de marfil, pinzas de depilar y cuentas de fayenza. Pero lo más sobresaliente es la documentación de un edificio especializado, un taller, en el que se llevaron a cabo actividades tan antagónicas, como el trabajo del metal y la confección de telas. Pienso por ello que ambas actividades no convivieron en el tiempo.

Tengo razones para creer que quien producía telas en ese taller no pertenecía a la comunidad de Peña Negra (Ruiz-Gálvez 1993:52-57). Fundamentalmente el hecho de que trabajara en un área especializada y no en un espacio doméstico. Pues ello indicaría, bien que su producción no va destinada única o, especialmente al autoconsumo; bien que utiliza una tecnología que precisa de una instalación especial; bien que el artesano no pertenece a la comunidad. Las tres posibilidades son factibles, porque hay evidencia de la presencia de objetos suntuarios mediterráneos y por la presencia de las cerámicas pintadas con orlas geométricas en rojo y amarillo de Peña Negra.

Estas, a mi juicio, reproducen los estampados de telas costosas. Ello nos explicaría varias cosas: 1º. El que estas cerámicas parezcan surgir "ex novo", sin claros precedentes locales. 2º El que, salvo el hecho de estar pintadas tras la cocción, en muy poco se parecen las cerámicas pintadas levantinas a las andaluzas o a las del Noreste. Motivos decorativos, colores y, en especial los soportes cerámicos, presentan una enorme variabilidad. 3º Lo cuidado de su factura que delata en muchos casos el empleo de molde. 4º el que se hayan pintado tras la cocción, lo que las hace especialmente frágiles e indicaría una precaria familiarización del artesano con ese tipo de técnicas. 5º El que la aparición de estos tipos de motivos y técnicas decorativas, sea prácticamente simultáneo no sólo en la costa meridional y oriental de la Península Ibérica, sino en prácticamente todo el Mediterráneo. 6º La coincidencia en el espacio y en el tiempo entre la aparición de éstas cerámicas pintadas y la introducción de elementos accesorios del vestido (9).

d.5. Materias primas de origen exótico.

Es el caso del ámbar que aparece en Villena, en un caso embutido en oro y del marfil que, no sólo en Roça do Casal do Meio, Peña Negra y Mola de Agres, sino también en toda una serie de yacimientos andaluces está haciendo su aparición desde el último cuarto del IIº Milenio a.C.

En el caso del ámbar, a falta de análisis físico-químicos, sólo podemos decir que no es local, tanto por su propia naturaleza, como por el tratamiento que recibe. Sherratt (1993a:38), recuerda que todavía en el último tercio del IIº Milenio, el ámbar llegaba a la

Península Itálica y al Egeo a través de la cuenca carpática, probablemente desde el Báltico. Está documentado en Sicilia y en el Tirreno, aunque el punto geográficamente más cercano a Villena donde el ámbar aparece es Cerdeña. Allí también es importado y de tipo Vilanoviano (Lo Schiavo & Ridgway 1986:396-7).

Tampoco el marfil ha sido analizado. Por ello no estamos seguros de si se trata verdaderamente de marfil de elefante, de colmillo de jabalí o de hueso muy pulido. Si es lo primero, su procedencia es indudablemente, africana. Su costa queda en las rutas naturales de navegación entre el Centro y el Occidente del Mediterráneo, tanto en las de ida - vía Sicilia y Cerdeña - como en las de vuelta, paralelas a la costa norteafricana. El estado de los conservados en Peña Negra y Agres (Gonzalez Prats 1990:fig.57; Gil-Mascarell & Tejedo 1992:47), es demasiado fragmentario como para que puedan decirnos algo acerca de su procedencia, o de la de sus artífices.

d.6. Nuevas formas de armamento y combate.

Como los cascos que vemos no sólo en Huelva, sino también en el depósito portugués de Vila Cova de Perrinho (Pinho Brandão 1963), o los escudos, de cuya posible existencia real sólo tenemos evidencias en las estelas del SO. (Almagro 1966; Almagro Gorbea 1977; Galán 1993). Ambos tienen algo en común: la aplicación de la técnica del batido sobre chapa de bronce no sólo a la fabricación de vajilla metálica, sino también a un armamento defensivo más eficiente. Ello posiblemente, tuvo sus repercusiones en la forma de combate.

En este apartado habría también que incluir las corazas de las que no tenemos evidencias en la Península y las cnémides, presentes seguramente como desecho, en el depósito de LLavorsí (Gallart et al. 1987).

Para cascos como los de Huelva, sugirió Schauer (1983), un origen asirio-urártico. También se ha buscado un origen oriental para los de cuernos que, en ocasiones se representan en las estelas y para los escudos, tanto redondos como de escotadura en V de las mismas representaciones (Almagro Gorbea 1989). Es evidente que la técnica de trabajo de chapa de bronce, de la que igualmente derivan los calderos para el consumo de carne, es mediterránea. Pero empieza a difundirse por Europa Central primero, y luego por la Occidental, desde los inicios del Bronce Final. Cascos de crestas se conocen en el ámbito atlántico en contextos anteriores a la Ría, como los de París, Nantes o Boutigny-sur-Essone (Mohen 1977:122 y ss). Esto es también aplicable a los escudos, que se conocen en Europa Occidental y Nórdica por las mismas fechas (Damell 1988). Por tanto, como en el caso de ganchos y asadores para la carne, no demuestran una llegada directa desde el Mediterráneo.

(9) Como ya se señaló en nota anterior, Yasmina Cáceres está trabajando bajo mi dirección, en este tema y comprobando la coincidencia de unos y otros elementos de vestido.

d.7. Elementos ligados al uso del carro y el caballo.

Un caso claro es Baiões, donde algunas pequeñas piezas parecen haber servido como pasarriendas (Ruiz-Gálvez 1993:fig 4°. n°11-14) y la n° 39 (Ibidem 1993), que Almagro Gorbea (1993:86), identifica como un acicate. A pesar de que los pasarriendas son por lo general, piezas de morfología sencilla, varios de los presentes en el depósito tienen buenos paralelos chipriotas (Ruiz-Gálvez 1993:50). El estado fragmentario de alguno de ellos, como de gran parte de las piezas restantes, indica la apreciación del conjunto como materia prima – por el metal – y no por el valor social implícito en los objetos. Por ello, la presencia aquí de pasarriendas no es, en sí misma, demostrativa del uso local de carros.

Muy distinto es el caso de los pasarriendas de la Ría. El propio contexto de su aparición, selectivamente asociado a elementos identificativos de rango social elevado, me inclina a creer que su presencia sí es indicativa aquí del uso de carros.

Un indicio indirecto, sería también la representación de carros en las estelas del SO. Ello no debe, necesariamente, indicar una generalización del carro en el SO. Por el contrario, el estudio de Galán (1993:50 y 75-76), indica que las estelas con representaciones de carros son menos frecuentes en el valle del Guadalquivir que en su hinterland más alejado. es decir, las Beiras portuguesas y gran parte de Extremadura y del valle del Zújar. Lo que indicaría para este autor, que las representaciones de las estelas no deben ser entendidas literalmente, como copia de objetos reales, sino de su significado simbólico.

Finalmente y aunque es obvio que no se trata de un carro en el sentido que aquí estamos manejando, sino de un recipiente con ruedas, incluyo aquí el carrito del depósito de Baiões, porque su factura deriva de modelos de carros reales. He expresado recientemente (1993), mi opinión sobre Baiões y su contenido y no considero necesario repetirlo. Me limito a recordar que, aunque este tipo de recipiente se conoce en Chipre desde fechas muy tempranas, no hay paralelos exactos para el ejemplar portugués. Por ello, creo probable que se trate, más bien de una imitación, posiblemente sarda, pues no sólo Cerdeña mantiene estrechos contactos con Chipre desde el s. XIII a.C., sino que imita trípodes y carros chipriotas. Además, otros elementos del depósito de Baiões, como hachas monofaces o lanzas “Vénat”, son comunes en Cerdeña. Ello indica contactos entre la isla y el Occidente Atlántico. Sin embargo y como también señalé (ibidem:52), el estado de desecho en que se hallaba, permite sospechar que es el metal, no el carro como objeto de valor, lo que se estaba importando. Por lo tanto, posiblemente ni el carrito ni el pasarriendas implican la introducción, ni tan siquiera la apreciación, del carro en la región.

Atando cabos y juntando fichas del rompecabezas.

Entonces, volvemos al principio: ¿Qué pasó hacia el último tercio del IIº Milenio para que la Península despertara el interés de gentes de fuera?. ¿Qué, para que, de pronto, el control de puntos estratégicos que permiten un acceso fácil o rápido hacia un territorio, cobraran importancia política?.

¿Por qué la expresión del control y la soberanía sobre tales puntos se ejerce de modo similar a otras zonas atlánticas, aunque distinto a como se produce en el SE. español o en el Centro de Portugal en las mismas fechas?

De nuevo, es preciso volver la vista más allá de donde alcanza el horizonte.

Contactos marginales en el Bronce Tardío.

Los fragmentos de cerámica a torno de Montoro, Purullena..., etc., son un buen ejemplo de lo que Sherratt llamaría relaciones “marginales”. Probablemente no indican contactos, ni regulares ni directos con el Este del Mediterráneo, sino más bien, visitas esporádicas, tal vez viajes exploratorios a la búsqueda de rutas o recursos nuevos, emprendidos desde el Centro del Mediterráneo. Es decir, desde la Periferia. Aunque, desde la identificación de los fragmentos a torno de Montoro el número de hallazgos de éste tipo no ha hecho sino aumentar (Martín de la Cruz & Pertines 1994), el panorama sigue siendo muy diferente del de la presencia micénica en el Sur de Italia e islas del Mediterráneo Central. No creo por éso desacertado, considerar estas cerámicas como evidencias de viajes exploratorios a la búsqueda de información geográfica y sobre nuevas rutas y recursos, más que como viajes comerciales regulares (Ruiz-Gálvez 1993). Estos, habrían precisado de toda una serie de pactos políticos previos y de la creación de una infraestructura de puertos y puntos de recalada, de los que no alcanzo a ver evidencia alguna. Por ello, pienso más bien, que estas exploraciones esporádicas pudieron emprenderse tomando como base la “Periferia” del ámbito comercial micénico: el Mediterráneo Central. La cronología de estas cerámicas, entre la segunda mitad del s. XIV y fines del s. XIII a.C., marcaría el momento de estas navegaciones hacia Occidente.

Formación de los márgenes europeos en el Bronce Final “Antiguo” (fig. 27).

A partir del s. XIII en adelante, se producen cambios trascendentales, cuyo origen hay que buscar en la cuenca Oriental del Mediterráneo, pero cuyas consecuencias afectaron, como dice Sherratt (1993a:33) a todo el Sistema Mundial, aunque tuvieron una positiva e importante repercusión en toda Europa.

Sherratt argumenta (ibidem:36), que el ocaso del Centro – en este caso el mundo micénico –, supuso el

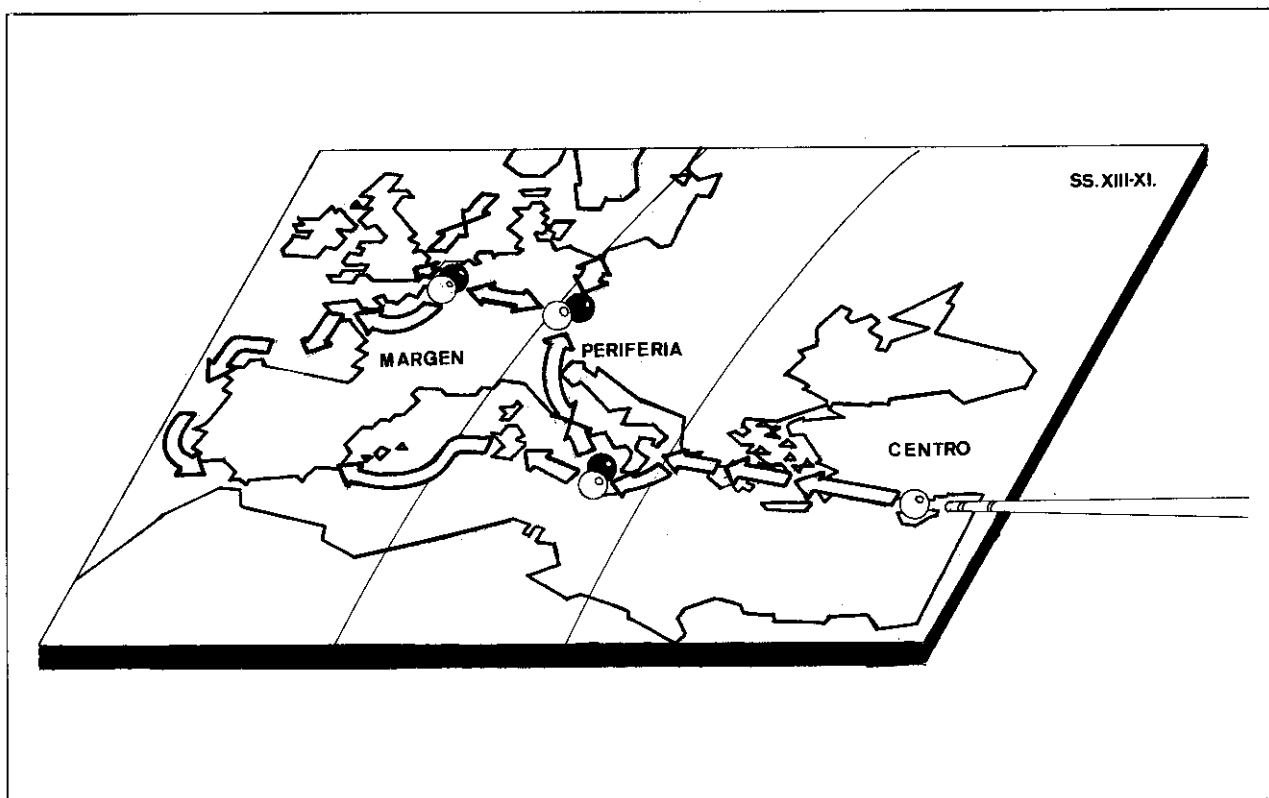


Fig. 27.—Formación de los Márgenes europeos a inicios del Bronce Final.

auge de Europa Central, quien se independiza de los procesos entre el Centro y la Periferia y emprende un período de intensificación económica, traducido en el uso de un lenguaje de consumo propio. Sin embargo, a esa intensificación económica no son ajenas plantas de origen mediterráneo, altamente rentables que están expandiéndose ahora hacia Europa Central y Occidental (Jäger & Louzeck 1982; Harding 1989:174–6; Marinval 1988:55 y 129; Ruiz-Gálvez 1992:229–30). Y tampoco lo es la introducción, a comienzos del Bronce Final, de nueva tecnología aplicada al trabajo de la chapa de bronce, del que derivan las armaduras, vajillas metálicas y carros que vemos aparecer en Centroeuropa desde inicios del Bronce Final. El mayor volumen de metal que ahora circula en la región como el que éste, sin desaparecer de la esfera social, empieza a aplicarse a la esfera práctica (Harding 1976), son indicios, tan buenos como el mayor número de poblados y su prolongada existencia, de la existencia de un período de expansión económica.

Tales cambios repercuten también en la Europa Occidental o Atlántica, periferia de Europa Central, quien a su vez emprende transformaciones, más tempranamente visibles en aquellas áreas que, como el SE. de Inglaterra, están en las rutas de intercambio con el área del Rin y Sena.

Es posible que, como este autor señala (*ibidem*:33; Sherratt & Sherratt 1991 y 1993), estas relaciones se mantuvieran vía Italia quien, en el período postpalacial mantiene un intercambio tanto de elementos centroeuropeos: armas ofensivas y sistema de combate, como mediterráneos: trabajo de chapa de bronce y sus aplicaciones.

Pero esta situación de cambio tiene sus repercusiones también en el comercio Mediterráneo, parte de cuyas rutas son ahora controladas por islas en posición geográfica privilegiada para actuar como comunidades de paso (Hirt 1978). Es el caso de Chipre y Cerdeña. Esta parece depender al principio de aquella, pero pronto emprende empresas propias. Ambos casos son un claro ejemplo del modelo “empresarial” o de “iniciativa privada”, que defienden tanto Wells (1984) como Sherratt (1993b y Sherratt & Sherratt 1991:373). Naturalmente, no debemos hacer una lectura demasiado literal del significado de ambos términos, lo que nos llevaría a caer en un anacronismo. En el caso que nos ocupa, los Sherratt emplean tales términos para subrayar el contraste entre el panorama existente en el Mediterráneo hasta 1200 a.C. y el que empieza a dibujarse con posterioridad.

Así, el colapso que se produce en torno al s. XIII a.C. afecta a las economías centralizadas, estatales. Pero ese vacío abre nuevas oportunidades a pequeños

grupos, situados bien en zonas periféricas o bien en áreas de contacto entre distintas economías, para desarrollar nuevas empresas mercantiles, tanto comerciales como piráticas.

Dos factores influyeron, amén del abandono de ciertas rutas antes controladas por el comercio micénico, en la aparición de este comercio oportunista.

A) Por una parte, el desarrollo de tipos de pequeñas embarcaciones, más maniobrables, que usan canaliza en lugar de botabara para recoger velas, precisan menos remeros, tienen más capacidad de carga y son más capaces de ceñirse al viento (Sherratt & Sherratt 1991:373-4).

B) La expansión que, en gran parte de Europa, experimenta desde los inicios del Bronce Final el sector ganadero y, en especial la cría de la oveja lanera. El que, a partir de ahora, las actividades textiles adquieran el carácter de especializadas, como lo indicaría su localización junto a las de fundición, en los hábitats fortificados de C.U. (Sherratt 1993a:34) y en el ámbito atlántico, donde como vimos en el Capítulo 2º, sitios localizados en función del comercio, como Runnymede Bridge, Caldicot, Choisy au Bac o Peña Negra, asocian ambas funciones, implicaría la llegada ahora, de nueva tecnología textil, antes monopolizada en los palacios. Probablemente se trate del telar vertical que permite la fabricación de telas de mayores dimensiones y con motivos complejos (Barber 1991). Ello revolucionaría el sector y repercutiría incluso, en cambios en los patrones decorativos y de consumo (Ibidem:nota 22).

Aquí es donde islas como Chipre y Cerdeña, bien situadas en las vías de navegación, cobran un papel importante. Hay buenos indicios de que Chipre está, al menos en parte, ocupando las rutas antes controladas por el comercio micénico (Sherratt & Sherratt 1991:375). También, desde el s.XII a.C. está desarrollando una pujante siderurgia, pese a carecer de hierro en la isla. Por eso se ha considerado que el temprano interés de los chipriotas por Cerdeña se debería a la necesidad de proveerse de este mineral (Vagnetti 1986:360; Vagnetti & Lo Schiavo 1989:227 y 232; Muhly & Stech 1990:210-211). Otra razón sería la necesidad de estaño, escaso en el Egeo (Lo Schiavo 1991). Sin embargo, los Gale (1988:382-383), opinan que el interés chipriota por Cerdeña radicaría menos en sus riquezas metálicas, pues el estaño no es especialmente abundante ni en la isla ni, en general, en el Mediterráneo Central salvo la Toscana (Penhallurick 1986:80), sino en su posición central en las rutas de navegación hacia el estaño de Occidente. Sin embargo, como ya he señalado en otro lugar (Ruiz-Gálvez 1993:45-6), veo difícilmente aceptable esa explicación, al menos en el caso de la Península Ibérica. Pues, como la Tesis de Ignacio Montero (1994), viene a demostrar, los auténticos bronce de estaño no son,

ni mucho menos generales en la Península aún en el último tercio del IIº Milenio a.C.

Pienso por ello, que lo que se está produciendo es, más bien, la continuación de un proceso de "exploraciones y apertura de rutas", posiblemente ya iniciado con anterioridad bajo dominio del comercio micénico, pero ahora con otro protagonismo. Creo que, en este caso se trata de chipriotas. Lo que me resulta menos evidente es si tales exploraciones fueron llevadas a cabo directamente por chipriotas o por medio de navegantes sardos.

El tesoro de Villena sería un buen ejemplo de ésta segunda etapa. Como hemos visto (vide supra), en el conjunto aparece hierro que por estas fechas se conoce en ambas islas del Mediterráneo. En Cerdeña, por introducción desde Chipre (Lo Schiavo et al 1985; Ferrarese et al. 1987). El concepto de vajilla de lujo, es también oriental.

El ámbar podría proceder tanto del Egeo como del Mediterráneo Central. A ambas está llegando por estas fechas desde el Báltico (Sherratt 1993a:38).

Los brazaletes implican el empleo de rotación. Pero tanto en Chipre como en Cerdeña, donde ya antes el comercio micénico había introducido cerámica a torno, se conoce dicha tecnología.

Y, claramente, el sistema de ensamblaje de piezas mediante clavos de Villena, es oriental y se conoce en Chipre, al menos desde fines del s. XIII a.C. (Catling 1964:138).

Aunque resulta arriesgado aventurar la procedencia de quienes trajeron al Levante español piezas y tecnología exótica como la de Villena, me inclino a pensar más en un comercio de signo chipriota que sardo, bien que probablemente realizado desde esa última isla.

Opino también que, como en el caso de las cerámicas a torno andaluzas, debe ser entendido, más que como prueba de la existencia de un comercio regular, como comercio marginal, cuyo objetivo principal pudo ser el reconocimiento de la ruta, la exploración de nuevos recursos y la creación de infraestructura básica de puntos de atraque.

El Levante español ofrece unas condiciones óptimas para ello. No es una región especialmente rica en metales, pero sí posee vías naturales que permiten el acceso a los minerales del SE. y del Alto Guadalquivir. Se localiza a lo largo de una vía natural de navegación E./O. Posee una costa amplia y abierta, con buenos puertos. Además, golfos marinos hoy colmatados, como la Albufera de Elche (Cuenca & Walker 1976) y seguramente también, la de Valencia, aunque es curioso las pocas ciudades prerromanas que el Periplo cita en su entorno (Ver Abad 1992), o la bahía de Cartagena, con la que se suele identificar la ciudad de Mastia del Periplo (Pastor et al. 1992:120), de la que

se dice que estaba cerca de una isla junto a un profundo golfo marino, debían ser aún ampliamente navegables. Ello debió facilitar un acceso mayor a zonas del interior hoy relativamente alejadas de la costa, como asimismo, proporcionar abrigos seguros para las rutas de navegación.

Pero además el Levante, en especial su parte sur, posee un denso y continuado poblamiento desde los inicios de la Edad del Bronce lo que, indirectamente, refleja la práctica de una economía agraria desarrollada y eficiente y un sistema político complejo (Ruiz-Gálvez 1992). De ello sería prueba no sólo la documentación funeraria, sino la existencia en la región de un sistema premonetario (Ruiz-Gálvez 1995). Es decir, presenta condiciones para resultar atractivo a los navegantes que se desplazaran por las rutas occidentales del Mediterráneo.

Y, como ya he propuesto varias veces (Ruiz-Gálvez 1992 & 1993), esto podría explicar el tesoro de Villena. Pues, debamos o no, entender el tesoro en relación con el hábitat de Cabezo Redondo (Soler 1987) (10), lo importante es su ubicación. En efecto, Villena reúne una serie de condiciones privilegiadas que explican su importancia desde la Prehistoria a la actualidad. Así, es un nudo de comunicaciones, pues en su entorno se cruzan toda una serie de caminos naturales y rutas ganaderas que permiten su conexión con zonas de importantes recursos complementarios; como las rutas ganaderas de la Submeseta Sur y la serranía de Cuenca o los minerales del Alto Guadalquivir. Posee salinas en su entorno y a través del Vinalopó, en cuyo curso alto se sitúa, comunica con la costa (11).

Aunque me argumentaba Gilman (com. pers), que la distancia a la costa debió ser, con todo, demasiado grande para que Villena pudiera controlar el tráfico desde la costa, es posible que actuara como lugar central, controlando lugares menores, tal vez islas en medio del río que, como Runnymede Bridge (12), dependían de otro mayor, posiblemente, Cabezo Redondo. La distancia a la costa tampoco sería inconveniente si se cumplieran dos requisitos: a) que, al igual que en Runnymede Bridge, el río pudiera ser remontable. Ello es bastante probable puesto que el caudal era entonces mayor y la desembocadura estaba más cerca (Cuenca & Walker 1976; Idem 1986). b) que los recursos existentes en el Alto Vinalopó, compensaran el recorrido.

Y la región los posee en sí misma, o a través de las rutas que controla. Así, podría haber ofrecido, carne y su conservante, la sal; pieles; quizá lana para la indus-

tria textil, pues yacimientos como Cabezo Redondo poseen una importante cabaña de ovicaprinos (Soler 1987; Gil-Mascarell 1992:62); y minerales del alto Guadalquivir. Pero además, podría haber proporcionado facilidades de atraque en la costa y a distancia suficiente del Alto Vinalopó, como para garantizar el carácter neutral de la base.

Si esta interpretación es correcta, el tesoro de Villena podría entenderse como un regalo de embajada, que sentara las bases del pacto político para la creación de dicha base y el establecimiento de intercambios. Si es cierto, como se viene manteniendo (Schüle 1976), que la vajilla de oro y plata reproduce patrones cerámicos locales, también lo es que la idea de lo que ésta representa, pertenece a un código de consumo oriental y no local. A falta de la publicación de un estudio completo de la tecnología del tesoro, ignoro si la vajilla ha sido fabricada mediante una tecnología desconocida en la región. De ser así, nos hallaríamos no sólo ante la llegada de nuevos conceptos sobre consumo y exhibición sino también, ante la presencia de un artesano foráneo que aplica sus conocimientos a satisfacer lenguajes de consumo suntuario locales. Ello parece más claro en el caso de los brazaletes, cuya morfología carece de paralelos dentro o fuera de la Península Ibérica.

Lo que sí queda claro es que otros elementos del conjunto reflejan procedencias o tecnología, claramente foráneas.

También he expuesto anteriormente (Ruiz-Gálvez 1992 y 1993), mis razones para situar el conjunto de Villena en momentos antiguos, de fines del II^o Milenio a.C. La serie de fechas radiocarbónicas para las cerámicas a torno, en especial las dos de Purullena y las UGRA 183 y CSIC 794, 795 y 624 de Montoro, permiten afianzar la cronología propuesta. Esta creo que podría situarse entre s. XIII y más concretamente, a partir del 1200 a. C., cuando Chipre empieza a desarrollar una actividad comercial más amplia (Sherratt & Sherratt 1991), y antes del s. X a.C. Estas fechas indicarían un momento posterior a la llegada de cerámicas micénicas al sur de la Península, pero estarían en consonancia con el período de vigencia de las cerámicas a torno en los yacimientos de Bronce Final andaluz.

La siguiente pieza del rompecabezas es el estoque Rosnøen de Larache, un tipo de espada atlántica que imita prototipos de C.U. y que es muy poco común en la Península Ibérica. No sabemos si se trata de una importación, pero su presencia en el área del Estrecho cobra sentido a la luz del hallazgo de dos estoques de la transición Bronce Medio/Bronce Final (Peña 1985), en la desembocadura del río Ulla que, como vimos en el capítulo II, ha sido tradicionalmente, la vía natural de penetración hacia el corazón de Galicia.

Unas y otra reflejan un renovado interés en los recursos, seguramente no exclusivamente minerales, del

(10) Y yo creo que sí.

(11) Este río posiblemente llevaba entonces más caudal. Por otra parte, la distancia a la costa era también menor al no haberse iniciado el proceso de colmatación del Sinus Illicitanus (Cuenca & Walker, 1976 & 1986; Ruiz-Gálvez, 1993).

(12) Véase el capítulo II.

Occidente de la Península Ibérica. Este nuevo interés debe ser entendido en el marco de la intensificación económica que se produce en Centroeuropa desde los inicios del Bronce Final y que repercute más rápidamente en su área de influencia inmediata, el sur de Inglaterra y más lentamente en las más alejadas, como el Occidente de la Península Ibérica. En éste sentido, aunque no se puede calificar Centroeuropa de *Centro* en el significado ortodoxo del modelo, pues carece de una amplia organización urbana, sí creo que puede aplicársele el término, en el sentido de que las transformaciones que se están produciendo en ella repercuten en el área atlántica, su *Periferia*, con quien mantiene relaciones de intercambio. A través de éstas, innovaciones tanto originadas en Centroeuropa como transmitidas a través de ella, llegan al mundo Occidental.

En cuanto al ámbito atlántico peninsular, este juega en estos momentos un papel marginal respecto al Centro y al Noroeste europeos. De ahí el encabezamiento elegido para este apartado, pues si el Levante español representa un *Márgen* para el comercio mediterráneo, el Occidente de la Península desempeña ahora un papel *Marginal* en la red de intercambios entre el Centro y el Occidente de Europa.

Con todo, la localización del estoque de Larache traduce un temprano interés de los navegantes atlánticos por acceder al comercio mediterráneo. Si atendemos a la cronología propuesta por Gómez (1991) (vide supra), habría que situar esta "renovación", del interés atlántico por nuestras costas y sus recursos, entre segunda mitad/fines del s. XIII y s. XII a.C., fechas que coinciden en el Mediterráneo, con los cambios en el protagonismo comercial y en la apertura de rutas nuevas hacia Occidente.

El márgen convertido en periferia de la periferia (fig. 28).

Una vez puestas las primeras fichas, las siguientes empiezan a casar. Y ahora, le toca el turno a la sepultura de Roça de Casal do Meio que, como acertadamente vieron Belén et al (1991) y ya antes Almagro Gorbea (1986), no es el enterramiento de unos indígenas de alto rango, sino más bien de extranjeros. Los datos, tanto arquitectónicos como de cultura material ya analizados (vide supra), apuntan hacia la procedencia sarda de los individuos allí sepultados.

Es difícil saber las circunstancias que condujeron a la edificación de una tumba monumental, de características foráneas, en una región lejana a la Patria de origen. Pero creo probable, a tenor de las crecientes evidencias en los castros portugueses de fíbulas y otros elementos originarios del Mediterráneo centro-oriental (Ruiz-Gálvez 1991 y 1993:50), que se trate, como ya apuntaron Belén y Escacena (ibidem), de la tumba de unos comerciantes.

Su emplazamiento es ideal para el comercio marítimo: cerca de la costa, en una zona donde ésta es arti-

culada y ofrece buenas playas y abrigo, y próxima al estuario del Sado, otro golfo marino que aún por esa época posibilitaba el acceso al interior, a través de una ría de formación flandriense (Daveau 1980).

Del ajuar de la tumba, sólo la cerámica, de decoración bruñida externa tipo Lapa do Fumo, corresponde a modelos locales (13), pero su presencia en la tumba es importante, porque atestigua si no integración en la sociedad receptora, al menos aceptación por parte de ésta.

Dos conclusiones se extraen del análisis de esta tumba: 1.º Un temprano cruce del Estrecho por navegantes de origen mediterráneo, a pesar de las dificultades que entraña (Gasull 1986). Entonces, la localización de las factorías fenicias al Este de Gibraltar no se debería, como la tesis de Gasull aceptada por algunos de nosotros (Ruiz-Gálvez 1986) defiende, a las dificultades del cruce del Estrecho para quien viene desde el Mediterráneo, sino, posiblemente, a razones políticas. El área al Oeste del Estrecho, es ya para entonces una región políticamente estructurada y con redes de comercio propias y no permite el asentamiento de colonias cerca de su centro político. Algo semejante a lo que, en época histórica, ocurrió con el comercio europeo con los imperios chino y japonés (Cheong 1991:220; Kato 1991:192).

2.º Que, para que existieran bases sardas en el Centro de Portugal fue preciso establecer alianzas previas. Y ahí es donde la ficha de los brazaletes "tipo Villena/Estremoz" (Almagro Gorbea 1977), encaja en el rompecabezas. Este tipo de brazaletes, como los del tesoro de Villena, ha sido confeccionado mediante técnicas rotativas (Armbruster 1993 y 1995; Armbruster & Perea 1994), que carecen de precedentes en la región. En un trabajo de 1992, antes de conocer las publicaciones de Armbruster y Perea, consideraba que estos brazaletes reflejaban el establecimiento de alianzas políticas con el Levante español, tanto por la política de regalos como, posiblemente mediante el intercambio de mujeres.

Ahora sigo pensando que se trata de regalos políticos. Pero, como en el caso de Villena, creo que indica la presencia de artesanos que producen "in situ", en muchos casos, adaptándose a los códigos sociales y suntuarios locales. Por ejemplo, en el brazaletes de Costa (Cardozo 1957), que combina formas locales de brazaletes macizos, con la decoración troncopiramidal típica.

Y, como en los casos de los brazaletes del tesoro de Villena y de las cerámica a torno del Bronce Final andaluz, ello no origina una producción local, ni de cerámica ni de objetos metálicos fabricados a torno.

(13) En el caso de que esas decoraciones bruñidas que, tan repentinamente aparecen en Andalucía y Portugal, no estén imitando telas o motivos decorativos en vajilla metálica.

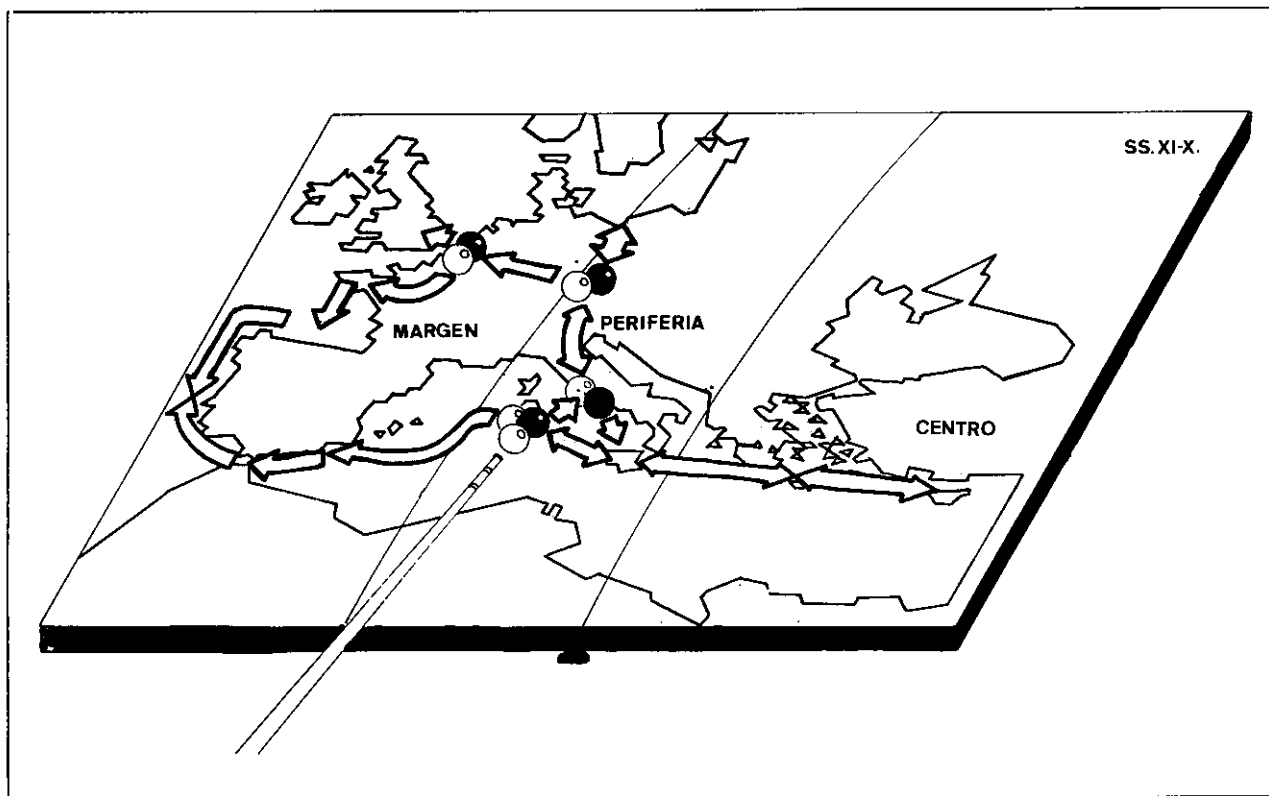


Fig. 28.—El Margen convertido en periferia de la Periferia a mediados del Bronce Final.

Porque es el objeto, no la tecnología lo que se está introduciendo. Ello apela a los conceptos de distancia social de Bradley (1985) y señala las diferencias sociales y de desarrollo tecnológico entre ambas partes. Esta situación de “vacío tecnológico” (Sherratt 1993a: 4), es típica de las relaciones Centro/Periferia. Pues ahora, sutilmente, se están creando diversas redes de intercambio interregionales en el *Margen*. En ellas y a menor escala, se reproducen relaciones parecidas a las de Centro/Periferia. Aquí, Cerdeña parece actuar como *Centro* y la Península, como *Periferia*.

El punto donde se localiza la tumba de Roça de Casal do Meio, el área del estuario del Sado, no es zona productora de metal, pero sí de sal, como expresa claramente el topónimo Alcaçer do Sal. Además, en época antigua y medieval, los ríos fueron la principal vía de transporte en Portugal, gracias a que su recorrido, en sentido N/S hacia el Océano, permitía que también los afluentes se utilizaran como vías habituales de transporte (Oliveira Marques 1968). El Sado controla, por otra parte, importantes vías de comunicación fluviales y terrestres con el Alentejo. Esta región alberga recursos ganaderos (Stevenson & Harrison 1992) y mineros. Aunque es muy posible, como sostienen Belén y Escacena (1992a:78) (Véase también Ruíz Mata 1989; Hunt en prensa; Pérez Macías en prensa), que el rico cinturón de piritas que se extiende desde el

O. de Sevilla al Alentejo, no se empiece a explotar hasta la Edad del Hierro, existe cobre nativo en el distrito de Setúbal y mineral de cobre en Alto Alentejo y Algarve. El interés por tales recursos, no sólo minerales, explicaría la especial concentración de estos brazaletes “Villena/Estremoz” en el Alentejo portugués.

Con esta ficha, encaja otra pieza del rompecabezas; la correspondiente a la pátera de Berzocana. Un recipiente de factura egipcia, pero que se conoce, como vimos, en el área sirio/palestina y en Chipre. En contexto oriental, estos recipientes forman parte, siempre, del ajuar funerario de varones de alto rango social (Schauer 1983:182-3). Por el contrario, la de Berzocana servía como contenedor a joyas seguramente femeninas (Ruiz-Gálvez 1992 y en prensa; Galán 1993). Aunque Berzocana posee probablemente un significado funerario (14), se asocia aquí no a hombres, sino a mujeres, aunque sean de alto rango. Esto es también típico de una situación de *Márgen*, donde es el objeto lo que se adopta, no su significado. Este último se asimila al lenguaje ideológico propio.

Es posible que la pátera de Berzocana represente también un regalo político. Su contexto de aparición parece señalar una apreciación del objeto desde el

(14) Véase el capítulo II.

punto de vista social, más que como mercancía en calidad de chatarra.

Los torques extremeños del tipo Berzocana atestiguan cambios importantes que se están produciendo en la región extremeña. Su peso es considerable y representan una forma de atesoramiento de valor propio de sistemas premonetarios (Ruiz-Gálvez 1995 y en prensa a). Son joyas femeninas y su localización coincide con la de las estelas diademadas (Almagro Gorbea 1993) que, a su vez, se sitúan entre los territorios delimitados por las de guerrero, por lo que podrían simbolizar una política de pactos interterritoriales, sellada mediante alianzas matrimoniales (Galán 1993:42). Todo ello, indirectamente, refleja la puesta en valor de una región como la extremeña, de recursos fundamentalmente ganaderos, aunque también posee oro. Esto podría explicar el interés exterior por esta región y la presencia de una pátera de factura oriental en zona tan perdida de Occidente. Aunque, a falta de otros indicios resulta difícil fijar su origen, me inclino a adjudicarle una procedencia chipriota indirecta, vía Cerdeña.

Hay varias razones para ello. Básicamente, que todos los elementos de origen mediterráneo que hemos visto hasta ahora en la Península apuntan hacia esa procedencia. Pero, sobre todo, porque eso explica hallazgos atlánticos, excepcionales en Chipre, como el asador de la necrópolis chipriota de Amathus (Karageorghis & Lo Schiavo 1989), del que Karageorghis (*ibidem*:16) señalaba su rareza y singularidad en la isla. Y, en tanto que no se conocen otros objetos de factura "atlántica" en Chipre, sí los hay por el contrario en Cerdeña y, en general, en el Mediterráneo Central y desde el Bronce Final II, aunque siempre formando parte de depósitos y, posiblemente, apreciados por su valor de mercancía (Ruiz-Gálvez 1986; Lo Schiavo 1991). Entre estos objetos figuran asadores, como en el depósito de Monte Sa Idda (Taramelli 1921; Almagro Gorbea 1974b). Por ello pienso que, de la misma forma que el asador excepcional de Amathus ha debido llegar a Chipre vía Cerdeña, la pátera, posiblemente chipriota, debió llegar a Extremadura de manos de un sardo. Pues, seguramente, salvo la posible excepción de Villena, no hubo nunca relaciones directas entre la Península y chipriotas, sino con sardos, que actuaron como intermediarios en un comercio oportunista. La función de Cerdeña habría sido, estrictamente, la de una comunidad de paso en su más pura definición (Hirt 1978), ya que conectaría dos áreas con distinto nivel de desarrollo político y tecnológico.

Tampoco es fácil situar esta tercera etapa desde un punto de vista cronológico. Las fíbulas sicilianas, "ad ochio" y las chipriotas de "arco serpegiante", se datan en fechas centrales de s. XI/X a.C. Estas coinciden con el ambiente de Ría de Huelva y de asentamientos portugueses como Baiões o Santa Luzía, donde también aparecen. Para los torques macizos no tenemos otro

indicio cronológico que la presencia de dos de ellos en Baiões, por lo que hay que suponer una cronología en torno al s. X a.C. Pero no sabemos si estaban en uso ya antes y si lo siguieron estando después. La cronología que Schauer (1983), proponía para la pátera (*vide supra*), me parece definitivamente muy alta, pues todos los datos de comercio entre el Occidente atlántico y el Mediterráneo apuntan, como vemos, a fechas más recientes.

Por eso, sugeriría tentativamente para esta nueva etapa de contactos, unas fechas entre s. XII/X a.C. Es decir, entre fenómenos como los que Villena y Peña Negra, Baiões o Ría de Huelva representan. Estas fechas coincidirían con un breve período de recesión en los vínculos, anteriormente establecidos, entre Chipre y Cerdeña que los Sherratt (1991:375) sitúan en el s. XI a.C. Ello se reflejaría en el abandono de centros industriales y de puertos comerciales chipriotas como Enkomi y la creación de otros nuevos como Salamis. La causa de estos trastornos sería, según estos autores, (*ibidem*), la llegada y asentamiento de inmigrantes griegos en la isla. Como consecuencia de tales trastornos, Cerdeña, sin que lo lazos con Chipre quedaran rotos, ganó autonomía. Posiblemente es ella quien lleva ahora la iniciativa de la ruta hacia Occidente.

De la importancia que el acceso a los recursos de la parte occidental de la Península va adquiriendo, es buen testimonio la reciente publicación de una espada pistiliforme dragada en Cacilhas, en pleno estuario del Tajo (Silva & Gomes 1993:120 y fig. nº39C). Este, como el caso del Sado, permitía el acceso hacia el interior mediante una ría flandriense, hoy en gran parte colmatada. Sin embargo, todavía en la Edad Media era posible la navegación marítima hasta la altura de Santarém (Daveau 1980:35). También podría explicar el creciente número de espadas pistiliformes que hallamos ahora en vados y desembocaduras de los ríos que rodean la costa atlántica portuguesa: Sil, Ulla, Esla, Orbigo, Tajo, Guadiana y Guadalquivir. Ello parece reflejar el interés por los recursos que se localizan en éstas regiones interiores y por controlar el acceso a ellas. De entre éstos, la ganadería, tanto bovina como ovina, debió ser especialmente valorada y constituir una fuente de riqueza y un vehículo de competición política. La ubicación de estelas y torques macizos (Galán 1993) como la concentración en la zona de ganchos para la carne (Delibes et al. 1992-3) y, más tarde, de asadores, son otras tantas pruebas de la apreciación, tanto social como económica del ganado.

Creación de redes de intercambio regional desde y hacia el Márgen (fig. 29).

Una última fase, ya en pleno Bronce Final, representa el desarrollo de redes de intercambio regional fruto del estímulo externo y de los fenómenos de emulación que ello produce. Como consecuencia, vemos

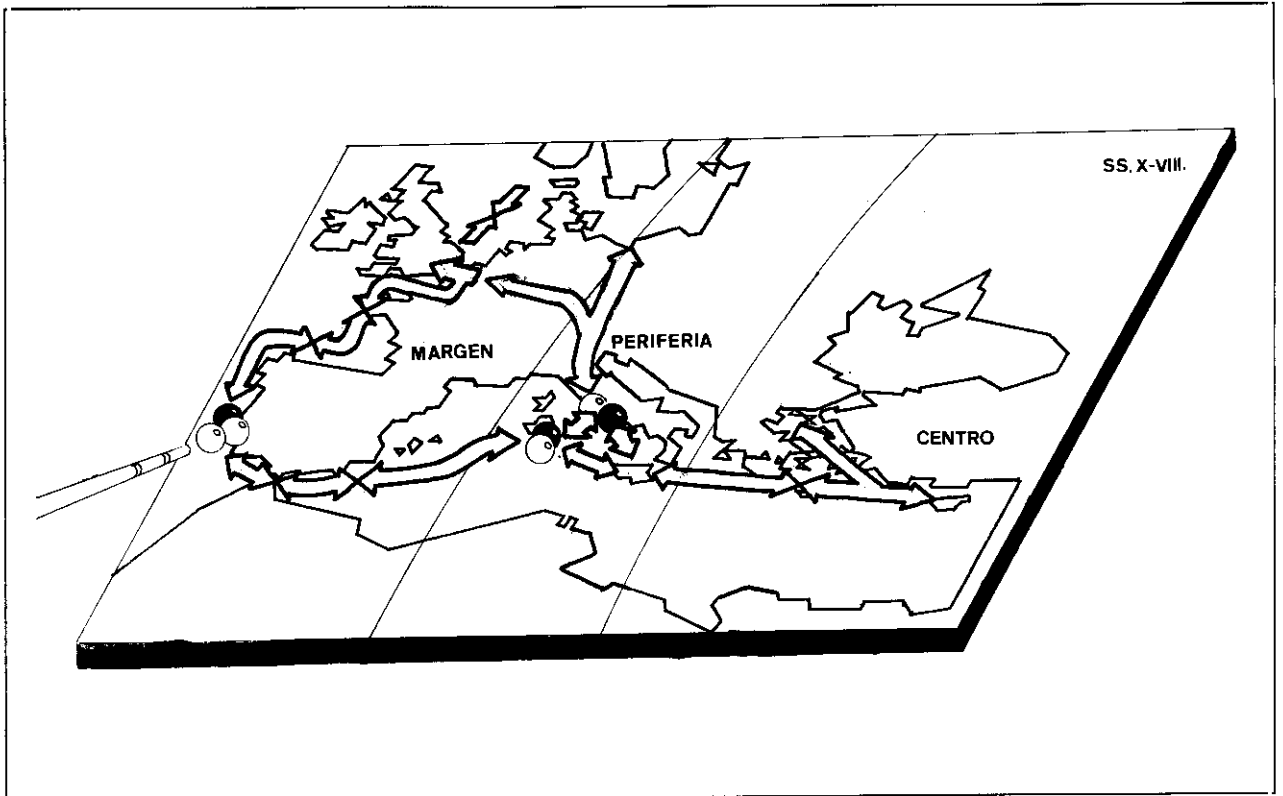


Fig. 29.—Creación de redes de intercambio regional centrados en el antiguo Margen a fines del Bronce Final.

aparecer poblados donde antes no se conocían, aumentar de tamaño donde ya existían previamente o, iniciarse procesos de territorialización, de transformación y domesticación del Paisaje que acabarán conduciendo al asentamiento humano permanente.

El área levantina nos ofrece buenas pruebas de ello. No hay evidencias de que Villena conservara su protagonismo en el tráfico comercial de estos momentos. En una región tan intensivamente explorada como esta, no parece que sea fruto de la casualidad. Sí posemos evidencias por el contrario, del paulatino desplazamiento humano hacia puntos situados en los cursos medio y bajo del río Vinalopó (Navarro 1982). Esto podría explicarse en relación con un tráfico marítimo más regular, que atrajera el poblamiento humano hacia las zonas próximas a la costa. Y justificaría la aparente fundación "ex novo", de un emplazamiento como Peña Negra, en el curso bajo del río y que desde los inicios de su ocupación se muestra como un poblado de grandes dimensiones y frecuentado por traficantes de orígenes diversos.

Pero el posible desplazamiento hacia el curso bajo del río no supone la pérdida de valor de las comarcas interiores que, como Villena, articulaban los desplazamientos entre la Meseta y la costa y albergaban importantes recursos ganaderos. Un caso ilustrativo es el del

asentamiento de la Mola de Agres (Gil-Mascarell 1992; Gil-Mascarell & Peña 1989; Gil-Mascarell & Tejedo 1992). El sitio se ubica a una treintena escasa de kms de Villena, en el curso alto del Serpis, al pie de sierra Mariola y controlando un punto de paso que permite el cruce de la comarca del Alcoià-Comtat a la del Vinalopó y viceversa, a través de la ruta más cómoda por Alcoy-Cocentaina-Muro a Agres, para de ahí, enlazar con la ruta del Vinalopó hacia Bocairente-Benejama-Villena y valle del Vinalopó que posee excelentes condiciones naturales para la comunicación y para articular amplias regiones (Gil-Mascarell & Tejedo 1992:46; Aura/Fernández/ Funanal 1993:98-99 y 105). Es, pues, un punto estratégico para controlar el desplazamiento de personas y mercancías. No es por ello extraño que los trabajos arqueológicos en el sitio hayan proporcionado evidencias de fundición local de objetos de metalurgia atlántica, de comercio mediterráneo en la forma de una fíbula de codo de tipo siciliano y de piezas de marfil, así como cerámica tipo C.U.

Desconozco, caso de que exista, la información faunística del yacimiento pero sí la hay, por el contrario, antropológica y muy reveladora. Aunque ésta se refiere fundamentalmente, a los niveles de ocupación correspondientes a Bronce Valenciano, creo que pueden ser perfectamente asumibles también para Bronce

Final. Según esta información, el paisaje en torno al poblado sería el de un típico bosque mediterráneo, dominado por la encina y acompañado por el quejigo y el pino negral (Gíl-Mascarell 1992:55). Cabe pensar por ello, en una economía ganadera mucho más que agricultora. Esto y su posición nodal en las comunicaciones, podría explicar la importancia de un sitio como Agres, lejano a la costa pero con acceso a ella (Gíl-Mascarell & Tejedó 1992:47), y conectado con las rutas ganaderas del interior.

Más llamativo es el caso de Peña Negra en el bajo Vinalopó (Gonzalez Prats 1983, 1990, 1992 y 1993), por su emplazamiento, por sus grandes dimensiones ya en el Bronce Final, por su aparente fundación ex novo y por las complejas relaciones exteriores que parece controlar. Pero lo que singulariza el poblamiento de la Edad del Bronce de Peña Negra es la existencia en su seno de un taller ya antes comentado (vide supra), en el que se llevaron a cabo tareas especializadas como el trabajo del metal y la producción de telas. De nuevo, como vimos en los poblados fortificados de C.U. y en los establecimientos comerciales atlánticos del Bronce Final III (vide supra), ambas actividades se asocian. Ya comenté en otro lugar (Ruiz-Gálvez 1993:52-57), las razones para pensar que, en los dos casos se trata de actividades especializadas, realizadas de manera estacional pero regular, y probablemente no de manera sincrónica debido a la difícil compatibilidad de ambas, por individuos extraños a la comunidad de Peña Negra, por extranjeros. En el caso del fundidor es fácil adivinar la procedencia del artesano, pues metalurgia del tipo de la fabricada en Peña Negra es bien conocida en el ámbito atlántico (Coffyn et al 1981) y porque moldes similares a los de Peña Negra se conocen en castros portugueses como Baiões y Coto da Pena (Ruiz-Gálvez 1993: 53). En el caso del artesano textil resulta más difícil averiguar su procedencia, porque sus actividades apenas dejaron huellas. Pienso, con todo, que procede del Mediterráneo, posiblemente del Mediterráneo Central, primero porque en los depósitos sardos hay objetos de metal similares a los producidos en Peña Negra. Segundo, porque existen en el sitio otros elementos asociados al vestido, como fíbulas sicilianas y chipriotas. Pero la razón fundamental, como ya se comentó, son las cerámicas pintadas del yacimiento, que, pienso, reproducen los colores y patrones decorativos de tejidos (Ruiz-Gálvez 1993).

Otro argumento a favor de esta interpretación es la ofrenda de un sacrificio fundacional en la base del edificio. Este consistió en el enterramiento bajo el pavimento del taller de un bebé en el ángulo meridional y de un ovicaprino en el opuesto. Van Gennep (1986: 33), señala que los sacrificios de fundación están ligados a los rituales de cambio de residencia y de agregación. Tal vez por eso se enterró bajo el pavimento un bebé, posiblemente muerto antes de la celebración de

los rituales de agregación. Más interesante aún es el sacrificio del animal, pues podría hacer alusión a una de las actividades realizadas: confección de tejidos de lana. Recordemos en este punto que Peña Negra se asienta en una base fundamentalmente ganadera, de bóvidos pero también de ovicaprinos (González Prats 1983).

Almagro Gorbea (com. pers), me comentaba agudamente, que los patrones decorativos geométricos como los que vemos en alfombras y tapices, son característicos de pueblos pastores. Así, el estilo de decoración geométrica, general en las cerámicas de todo el Mediterráneo en estos momentos, podría estar relacionado con la expansión de motivos decorativos llegados de las estepas ganaderas. Susan Sherratt asesorada por Joan Barber, piensa que el cambio de patrones decorativos curvilíneos propios de las cerámicas minóicas y micénicas a geométricos, refleja la llegada de telas decoradas de Centroeuropa, donde tales patrones decorativos serían típicos de C.U. e, incluso, hundirían sus raíces en los esquemas decorativos del Bronce Antiguo danubiano (Sherratt 1993a: nota 22). Yo me pregunto sin embargo, si los motivos geométricos no empezarán a difundirse por el Mediterráneo desde otra vía; la del comercio con Levante, fabricante de tejidos al menos desde el s. XII a.C. y con las regiones productoras de incienso del Sur de Arabia (Artzy 1994). Tal comercio, de acuerdo con los Sherratt (1993:7), se revitaliza a partir del s. X a.C., pero lo cierto es que existía ya antes.

La Odisea, por ejemplo, está repleta de referencias de esta índole. Además de los tejidos de lino se citan frecuentemente los de lana. Así, se nos describe tanto a Penélope como a Helena (Rapsodias XVII y IV) hilando lana. Pero también, el uso de alfombras y tapices de lana cubriendo suelos y paredes de los palacios (Rapsodias IV y VII), y colchas forradas de esa fibra (Rapsodia IV). Y yo creo que es esto, junto a las ventajitas del telar vertical y los colorantes, lo que se difunde ahora por todo el Mediterráneo y lo que influye asimismo, en los modelos decorativos de la cerámica.

Esto explicaría la repentina aparición de las cerámicas pintadas de la Península. Y posiblemente también, las decoraciones pintadas geométricas, generalmente en rojo y amarillo, de las viviendas. Es el caso de la propia Peña Negra donde, tras los niveles más recientes del Bronce Final a los que pertenece el taller, se produce un cambio arquitectónico, ya en la fase PN II de Gonzalez Prats (1990:96-7), con la aparición de casas rectangulares, más amplias y organizadas de acuerdo a un plan urbanístico. Destaca especialmente una, de gran tamaño, con las paredes decoradas en estuco rojo con franjas de motivo geométricos y suelos de arcilla pintada en amarillo. Lo mismo ocurre en los poblados tipo Soto de la Meseta, como el propio Soto de Medinilla, Benavente, Valoria la Vieja, Simancas o La Mota (Romero & Jimeno 1993), en

Cortes de Navarra (Maluquer 1954), así como en los andaluces de comienzos del período orientalizante (Almagro Gorbea 1986:426).

Lo importante del taller de Peña Negra es que, con la presencia permanente o estacional de un tejedor, implica introducción de tecnología y no meramente de objetos. El que la confección de las telas precise de una instalación *ex professo*, parece confirmarlo.

La actividad metalúrgica aparece documentada desde los niveles de base del yacimiento. El que en las fases finales de PNI ocupe, con el tejedor, un área especializada indica, probablemente que las visitas de este artesano al sitio se volvieron más regulares. Las metalografías de Peña Negra informan sobre el tipo de comercio de recuperación de chatarra que este artesano practica. Esta es la razón de su presencia en Peña Negra, un punto de apoyo estratégico en las rutas entre el Occidente de la Península Ibérica y el Mediterráneo Central.

Porque la evidencia arqueológica de esta fase señala un papel muy activo de esta en las rutas desde y hacia el Margen. Depósitos como el de Baiões, cuyo contenido y procedencia fue ya anteriormente discutido, o los sardos de Monte Sa Idda, Monte Arribiu, Pirosu-Su Benatzu, Forraxi Nioi, etc... (Lo Schiavo 1990) reflejan un comercio de tipo oportunista, basado fundamentalmente en la recogida y reciclado de chatarra, de puerto en puerto, entre ambas partes. Y es aquí donde el asador de Amathus encaja perfectamente en el rompecabezas.

A su vez, el Centro de Portugal parece el punto, tanto de transmisión como de recepción de otros elementos hacia y desde el ámbito atlántico. Es posible que gran parte de la metalurgia que llamamos "Vénat" (Coffyn et al 1981), tenga procedencia peninsular, no sólo por las evidencias de fundición local en Peña Negra, Baiões y Coto da Pena, sino porque salvo elementos aislados procedentes de cuevas de habitación del SO. francés (Gómez 1980; Coffyn 1985), la mayor parte de las evidencias de esta metalurgia en sitios franceses o ingleses se conoce en conjuntos destinados a la refundición, enormemente heterogéneos en cuanto a contenidos y procedencias. El más típico ejemplo de un depósito de chatarra valorado como mercancía y no por su significado social (Bradley 1985 y 1990). Entre las piezas de posible origen peninsular incluiría también los asadores articulados, que aparecen por vez primera en esta fase, responden a una idea de banquete mediterráneo (vide supra), aunque su forma y contexto de utilización sea distinto aquí, seguramente porque se trata de una adaptación a los patrones simbólicos propios, y se concentran en la Península en zonas de amplia y antigua especialización ganadera (Stevenson & Harrison 1992). Por el contrario los ganchos, aunque también mediterráneos en origen (Ruiz-Gálvez 1993:nota 2ª), tienen precedentes en Centroeuropa y desde ahí parecen haberse transmitido

hacia Occidente. Otros elementos, más directamente mediterráneos, debieron tener escasa aceptación en el ámbito atlántico, bien porque traducían un lenguaje ideológico y de consumo demasiado distante del propio, o bien porque existía ya el equivalente local. Me refiero por ejemplo a elementos de vestimenta y tocado mediterráneos. Las fíbulas de codo no parecen alcanzar más allá del Norte de Portugal y las pocas que se conocen en el Oeste francés (Coffyn et al 1981), figuran como chatarra de refundición. Lo mismo parece ocurrir con otros elementos definitorios de la imagen pública de un personaje político. Las navajas de afeitar se conocen en el área atlántica desde los comienzos del Bronce Final, vía C.U. y seguramente aparecen asociadas al cuidado de la barba como símbolo de edad, dignidad y clase. Por el contrario, las pinzas de depilar o los peines, no se difunden en la región. Lo mismo se puede decir de las telas. Las cerámicas pintadas no se conocen en Portugal. Suponiendo, cosa que no está clara, que las cerámicas Lapa do Fumo representen aquí un fenómeno equivalente al de las cerámicas pintadas en Andalucía y Levante, éstas tienen una dispersión muy limitada, incluso dentro de Portugal. Es posible que las telas de origen mediterráneo no llegaran a difundirse, como tampoco los elementos de vestimenta asociados a ellas, porque ya existían formas de atuendo propias, probablemente transmitidas desde Centroeuropa donde, como se vió, están desarrollándose nuevas técnicas textiles desde inicios del Bronce Final. De este modo, la posesión de un lenguaje simbólico y de consumo propios, determina la aceptación selectiva de estos productos y sugiere la existencia de claras fronteras culturales y tecnológicas.

Y aquí es donde el papel del Centro de Portugal, estratégicamente situada para conectar dos regiones con diferente organización política y desarrollo tecnológicos, cobra protagonismo y le permite sacar provecho de un comercio oportunista.

Naturalmente, ello no hubiera sido posible si, previamente, no se hubieran producido una serie de transformaciones substanciales que desembocan en la aparición ahora, de gran número de poblados que, bien desde el principio o bien, paulatinamente, emplean construcciones sólidas, presentan una ocupación humana continuada y se localizan estratégicamente en las rutas de tránsito o acceso. Es posible que un proceso paralelo se esté produciendo en otras zonas costeras de Portugal y que la proliferación de hábitats en la mitad Norte frente al vacío de la mitad Sur, sea fruto más de la diferente orientación de la investigación arqueológica en ambas zonas, que de la realidad. En todo caso, lo que vemos en términos generales, a partir del s. X a.C., es el resultado de un proceso de reorganización económica gestado en las centurias anteriores y que permite, por primera vez tras un largo hiatus, un asentamiento humano estable y permanente

sobre los campos de cultivo, un aumento demográfico y el desarrollo de empresas mercantiles.

Este es un proceso general en toda Europa Centro/Occidental a partir del Bronce Final y refleja tanto la mejora de técnicas y utillaje agrícola (Sherratt 1993a:34), como la llegada a la región de nuevos cultígenos que favorecen la conservación de la fertilidad de los suelos, el sostenimiento de crecimiento demográfico y la limitación de la amplitud de los desplazamientos con el ganado. Estos últimos son originarios del Mediterráneo y se conocen en el SE. español desde el Calcolítico. Por ello es difícil señalar el camino de llegada de los visibles cambios que están produciéndose en el área atlántica portuguesa; bien vía el Occidente europeo, donde las transformaciones descritas están teniendo lugar desde fines del IIº Milenio, o bien, vía Levante español que practica una eficiente economía agraria desde mucho antes (Ruiz-Gálvez 1991 y 1992).

Probablemente, se trate de una paternidad compartida y hayamos de entenderlo en el marco más amplio de las relaciones Centro/Periferia y de las múltiples conexiones interregionales que ello provoca.

Aunque en arqueología prehistórica todas las interpretaciones tienen carácter provisional y están sujetas a revisión conforme nuevos hallazgos se producen, lo cierto es que, paralelo al proceso de generalización de los lugares de habitación, visibles en el paisaje, parece tener lugar la desaparición de las armas en las aguas. No es que se produzcan ahora enterramientos formales en necrópolis adyacentes a los poblados. Tampoco quiere decir que los habitantes del Noroeste se vuelvan más pacíficos. Las armas siguen existiendo, pero su documentación arqueológica procede ahora de depósitos destinados a la refundición, como Solveira (Gonçalves da Costa 1963) o Baiões (Silva 1986). Simplemente, el mundo de los muertos deja de tener importancia frente al de los vivos.

Este fenómeno es semejante al observado por Bradley en el Sur de Inglaterra a partir del Bronce Final y, sobre todo, en la transición Bronce Final/Edad del Hierro (Bradley 1990; Barrett et al. 1991). Así, en aquellas zonas en las que empieza a evidenciarse una ocupación humana prolongada en forma de construcciones más sólidas y secuencias de habitación de mayor duración, el interés por marcar visiblemente el lugar de enterramiento disminuye. Ello responde a varias razones. En primer lugar, a un cambio en la relación del hombre con su medio y a la "domesticación del paisaje", en el sentido de Ingold (vide supra). De manera que el referente visible de un paisaje conquistado y territorializado, es ahora el poblado y su muralla que delimita las tierras que un grupo humano ocupa y posee. Quizá debido a ello, armas en las aguas y poblados defensivos en alto no coinciden en el Sur de Inglaterra, sino que se complementan (Bradley 1990:139). Y seguramente por ello, la deposición de

armas en las aguas cesa, en general, cuando los poblados pétreos hacen su aparición.

Pero, posiblemente, es también reflejo de los cambios que se están produciendo en la estructura de propiedad de la tierra, como consecuencia del proceso de intensificación agraria y el aumento demográfico antes descritos. Goody (1962), señala que el énfasis en establecer vínculos con los antepasados está directamente relacionado con la forma en que la propiedad se hereda. Cuando la tierra, o los medios básicos de producción se poseen de forma colectiva por un clan o un linaje, el interés por establecer, públicamente, la posición de un individuo o de una familia dentro de un grupo de descendencia es mayor que cuando esa posición es heredada y está ya previamente determinada. Este mismo antropólogo ha dedicado varios libros (ibidem 1976, 1982 y 1986) a analizar la relación existente entre formas de tecnología agraria y sistemas de propiedad y transmisión de la tierra. De acuerdo con él, en sistemas de arado o regadío, la propiedad tiende a concentrarse en pocas manos y a transmitirse endogámicamente. Esto es lo que parece que empieza a producirse en gran parte de Europa a partir del Bronce Final (Thomas 1989; Ruiz-Gálvez 1991 y 1992).

...Y, Huelva.

Y aquí es donde, tras un largo periplo, llegamos finalmente a la Ría de Huelva.

Yo creo que un proceso de aumento demográfico y de intensificación económica similar al que muestran sitios de Levante como Peña Negra, o del área Occidental, como los castros portugueses, se produce en otras regiones de la Península Ibérica, sólo que a distinto ritmo y en distintas fechas, porque la situación de partida fue también diferente. A ver si me explico: En el caso de sitios levantinos como Villena, el incentivo que atrajo una demanda exterior a la zona y que provocó aumento demográfico, reorganización de la producción, etc, fue, no sólo el poseer buenas zonas de ataque o el estar situada en una vía natural de navegación, sino, por encima de todo, el contar ya previamente con una organización política y económica en la región lo suficientemente desarrollada, como para que sus recursos pudieran resultar atractivos para el comercio.

En el del Centro de Portugal, ese proceso de transformación podría estarse tal vez gestando antes, pero es el comercio exterior y su situación ideal para actuar en un comercio oportunista, lo que parece obrar como detonante.

El proceso de cambio parece haber sido más lento en Galicia, a tenor de las fechas de Torroso (Peña 1992) (15), hoy por hoy el más antiguo castro gallego. Esto explicaría su escaso atractivo y su papel marginal

(15) Véase el capítulo VI.

en la red de intercambios regionales hasta fines de la Edad del Bronce o la transición a la del Hierro.

En el caso de las ricas tierras aluvionales del extremo Occidental de la Meseta Norte, la cultura de Soto no representa ni discontinuidad ni llegada de población. La metalurgia de tipo atlántico que practican, demuestra continuidad con el mundo Cogotas anterior. Los poblados, primero algo provisionales pero, paulatinamente más estables, como señala el paso de cabañas endebles circulares a la edificación de empalizadas delimitadoras del espacio poseído por un grupo y al uso del adobe como material constructivo, reflejan la consolidación de unas nuevas prácticas económicas, la especialización de los poblados y en definitiva, un proceso de intensificación económica y de aumento demográfico. Estas, han debido ser introducidas tanto desde el Occidente de la Península como desde el SO., a través de la vía de la Plata, en fechas ya de fines de la Edad del Bronce, de acuerdo con las dataciones de Martinamor (16) y como los especialistas vallesoletanos proponen (Delibes & Romero 1992:243; Romero y Jimeno 1993).

Y este mismo proceso de territorialización y de transformación económica se está produciendo en el Suroeste, con anterioridad a la llegada de los fenicios.

Belén y Escacena han sugerido (1992a) en fechas recientes, la existencia de un periodo de descenso poblacional en la región, caracterizado por el abandono de poblados anteriormente ocupados y la desaparición de la evidencia funeraria que cambiaría hacia otra forma de expresión ritual, como la deposición de armas y, posiblemente del difunto, en las aguas de los ríos.

El fenómeno que estos autores describen, de desaparición de toda evidencia habitacional o funeraria, no es exclusivo de la región. Por el contrario, parece general al Occidente de Europa, aunque no necesariamente en fechas sincrónicas. En el Sur de Inglaterra parece producirse a partir de fines de lo que, convencionalmente, se llama Bronce Antiguo (ca 1600 a.C.), para comenzarse a recuperar a fines del del IIº Milenio a.C. (ca 1200 a.C.) (17) (Earle 1991; Bradley 1991a). El proceso es similar en Bretaña, aunque los primeros síntomas de habitación permanente no se producen hasta comienzos de la Edad del Hierro. Otro tanto se puede decir del Occidente de la Península a partir de fines del "Bronce Antiguo", aunque la recuperación no parece producirse de manera sincrónica en toda ella, como hemos visto.

En aquellas regiones en que se han realizado estudios paleoambientales, esta tendencia a una ocupación humana más inestable se ha achacado más que a procesos de deterioro climático, a uso inadecuado de los

suelos, que habría provocado su agotamiento. Así, parece que, aproximadamente durante el Campaniforme, se habrían introducido innovaciones en tecnología agraria como el arado ligero que habrían permitido un aumento demográfico y una colonización extensiva de nuevas tierras pero que, a la larga, se habría traducido en degradación de los suelos y abandono de las tierras de reciente colonización (Keeley 1982; Earle 1991:81-84 y fig.4,1; Bradley 1991:55; Briard (dir) 1989). Procesos similares parecen haberse desencadenado en el Noroeste de la Península Ibérica (Criado et al 1986; Ruiz-Gálvez 1991 y en prensa b; Fábregas & Ruiz-Gálvez 1994).

Carecemos de reconstrucciones paleoambientales para el Suroeste en estos momentos. En el Sureste y, frente a la opinión generalizada de que las condiciones de aridez existían ya básicamente desde el IIIer Milenio a.C., los análisis antracológicos de Fuente Alamo indican un clima mediterráneo húmedo y templado, similar al actual de Barcelona (Schoch & Schweingruber 1982). Los análisis polínicos de humedales de Huelva y el Algarve indican que el paisaje durante gran parte de la Edad del Bronce, no fue muy diferente del actual de dehesa y que albergó una baja densidad de población, generalmente orientada hacia la costa. En ambos casos, la acción humana no empieza a perturbar de modo señalado el paisaje, hasta la edad del Hierro (Chester & James 1991; Stevenson & Harrison 1992).

Así pues, aunque los datos del nivel del Guadalquivir parecen indicar un clima seco y algo extremado a lo largo de la Edad del Bronce (Caro 1989a), parece que habría que atribuir principalmente al factor humano ese hiatus en el poblamiento que Belén y Escacena creen detectar en las estratigrafías del SO. y que, pienso, más que abandono total debe indicar disminución de la población por supuesto, pero sobre todo, ocupaciones más breves y difíciles de detectar desde un punto de vista arqueológico

Más difícil me parece encuadrar cronológicamente ese proceso. Hay muy pocas dataciones radiocarbónicas (véase el capítulo VI) y se maneja generalmente una cronología tipológica. De los yacimientos revisados por Belén & Escacena (1992a), sólo tres poseen dataciones absolutas: Montoro, Setefilla y el Berrueco. Estoy de acuerdo con los autores (ibidem:67) en que la serie de dataciones de Montoro son problemáticas. No tanto porque propongan inversiones cronológicas, pues las dataciones no "calibradas" no ofrecen fechas reales, sino un margen de probabilidad más o menos amplio en función de su desviación estándar. Por eso las dataciones deben calibrarse. Pero, el principal problema es que, como se comentó antes (vide supra), la mayoría de las muestras del laboratorio de Granada tienen unas desviaciones estándar tan amplias que dicen bien poca cosa.

Con todo, aquellas a mi modesto juicio más fiables, las ya citadas UGRA 183, CSIC 794, 795 y 624, pare-

(16) Véase el capítulo VI.

(17) Recuerdo que todas las fechas que se manejan en este texto están corregidas por Dendrocronología y son "reales".

ceren sugerir, contra Belén y Escacena, que el yacimiento pudo estar ocupado durante el Bronce Tardío. Los estratos datados de Setefilla, XV y XIV se sitúan, "calibrados", entre fines del III^o y primera mitad del II^o Milenio, en plenos inicios de la Edad del Bronce (18). Si hay un hiatus, como los autores proponen (ibidem:68), entre los estratos XIV y el XIII de Setefilla que posee materiales orientalizantes, este debe haberse producido a mediados del II^o Milenio, a lo sumo, en los comienzos de la segunda mitad de éste. La asociación de estos niveles a materiales Cogotas no es óbice para las dataciones, pues yacimientos de la Meseta como Los Tolmos, Arevalillo o el Balconcillo por ejemplo, se sitúan, "calibrados", también en esos momentos.

Para el estrato III del Berrueco existe una fecha, algo más reciente que la de Setefilla, pero que, con todo, no iría más allá de fines del s. XV (19). Escacena piensa (Belén y Escacena 1992a:71) que esta datación sería homologable con el contexto cultural del estrato IV del sitio. De esta manera, existiría un hiatus entre este último y el estrato V, cuyos materiales no son remontables más allá del Bronce Final.

Así, si hay abandono de algunos sitios del Suroeste (20), éste se habría producido en efecto, en el Bronce Tardío, pero en fechas en torno al s. XV, si no antes, y no a mediados del s. XIII a.C., como proponían Belén & Escacena (ibidem:65).

Y permiten entender, por otra parte, el fenómeno de la "pérdida de visibilidad" de poblados y necrópolis como un fenómeno más amplio y general en toda Europa Occidental, en lugar de una crisis y despoblamiento de ámbito regional. La interpretación de sus causas será entonces la misma que en el resto de Europa Occidental. Yo no creo que se produzca abandono, aunque sí un descenso de población y un poblamiento menos denso y más disperso, sobre una base más móvil e inestable. Ello no siempre debe entenderse como una forma de vida ganadera, aunque tanto en Extremadura como en el Suroeste, la reconstrucción del paisaje permite pensar que aquí sí debió ser la base económica fundamental.

Una interesante observación de Belén y Escacena (ibidem 72 a 74), se refiere al sistema constructivo de los poblados del Suroeste. Así, los niveles del Bronce Final correspondientes a esa recuperación poblacional

que los autores creen detectar tras el abandono al que nos referimos, presentan pequeñas cabañas ovales o circulares. Yo me pregunto si estas se hubieran conservado si no hubieran sido selladas por potentes estratos constructivos, fruto de una ocupación continuada y permanente. Cabañas de este tipo deben haber constituido el habitat típico del Bronce Tardío precedente. Si las ocupaciones fueron breves, aunque se repitieran en el tiempo, la posibilidad de detectarlas habría sido escasa, como ocurre en la Meseta. El que este sistema constructivo difiera del más sólido y de muros rectos del Bronce Pleno es otra prueba de que, posteriormente, el asentamiento se volvió mucho más inestable y discontinuo.

Y ello condiciona también nuestra capacidad de detectar arqueológicamente sus lugares de enterramiento. Belén y Escacena (1991 y 1992a:78 y ss) sincronizan el fenómeno del abandono poblacional con el comienzo de la deposición de armas en las aguas. Pero, como vemos, usando fechas radiocarbónicas reales, habría un lapso de tiempo arqueológicamente vacío, entre las últimas tumbas del Bronce del SO. y las primeras armas en las aguas.

Es cierto que hay muy pocas dataciones para el Bronce del SO., pero, con todo, me parece difícil "estirarlo" para que coincida con las primeras armas en las aguas. Estas responden a los tipos pistiliforme y, en especial, en lengua de carpa. Es decir, seguramente no antes de un momento avanzado del Bronce Final II en cronología atlántica (véase Capítulo 6). Pues, aunque en Arqueología toda hipótesis es provisional, hasta la fecha y a pesar del estoque de Larache, en el SO. no se documentan hallazgos en las aguas anteriores a esas fechas.

Nuestra incapacidad para "encontrar los muertos que nos faltan", sería comprensible si enmarcáramos este fenómeno dentro del comportamiento de un grupo humano que se mueve en el paisaje y que usa unas marcas y referentes, no necesariamente similares a los nuestros. A modo de ejemplo, asomémonos a la Meseta. En el trabajo de Esparza (1990), sobre el ritual funerario de Cogotas I, se recogen 28 lugares de enterramiento incluyendo los dudosos. Ninguno de ellos puede, estrictamente, calificarse de necrópolis. Algo un poco escaso para casi un milenio de ocupación humana...

Los enterramientos se producen de manera heterogénea en fondos de cabaña, en cuevas, en dólmenes reutilizados, estos últimos más sospechosos porque nunca se encuentran restos esqueléticos... En definitiva, no hay un ritual que se pueda calificar de característico.

En otros casos, como en el NO. o como en Wessex, la tradición de enterramiento tumular parece que continuó hasta fechas inmediatamente anteriores al Bronce Final, aunque sin ajuares o con ajuares franca-

(18) I/11070. $3520 \pm 95 = 2129$ (1875, 1836, 1818, 1800, 1785) 1612 a.C. Tramos más probables entre 1950-1740 a.C. y entre 1720-1680 a.C. I/11069. $3470 \pm 95 = 2027$ (1748) 1522 a.C. Tramos de mayor probabilidad entre 1889 y 1785 a.C.

(19) Be-82/A-5. $3310 \pm 80 = 1749$ (1597, 1568, 1529) 1413 a.C. Los tramos con mayor probabilidad se sitúan entre 1680 y 1525. Del estrato II, inmediatamente anterior, procede otra fecha. BE-82/B-9. $3620 \pm 80 = 2194$ (1957) 1745. Tramos con mayor probabilidad entre 2125 y 2075 a.C. y entre 2050 y 1880 a.C.

(20) Aunque no de Montoro y, tal vez tampoco, de Carmona si se confirma la presencia de cerámicas a torno.

mente pobres. Es decir, que, si no fuera por las fechas radiocarbónicas, nos veríamos en la imposibilidad de situar correctamente estos túmulos (Bradley 1984:89; Fábregas & Ruiz-Gálvez 1994).

Otra práctica, que existe entre muchos pueblos que practican la movilidad, es la exposición del cadáver. Pensemos, por ejemplo qué es lo que le quedaría al arqueólogo tras el abandono de un cementerio de indios de las praderas de E.E.U.U. En otros casos como entre los mongoles (Ferrero 1994), se arroja el cuerpo a las aguas del río o se deja devorar por los animales. Quiero decir con ello, que la posibilidad de detectar una necrópolis está asociada al asentamiento, permanente y prolongado en un territorio por parte de un grupo humano. Y que nuestra incapacidad para encontrar poblados y necrópolis no indica, necesariamente, abandono o despoblamiento.

La aparición de armas en las aguas del SO., parece ligada a un cambio de situación en que la región y ciertos puntos de acceso y circulación dentro de ella, aumentan su importancia y su valor estratégico. Por ello, controlarlos es una fuente de poder y por eso se ven implicados en ceremonias de paso, en los que públicamente se reivindican derechos, estableciendo vínculos con los difuntos y exhibiendo riqueza y poder. No es por ello casualidad que las primeras armas que encontramos en sus ríos, coincidan cronológicamente con el establecimiento de unas rutas de intercambio entre el Occidente atlántico y el centro del mediterráneo. Ese mismo fenómeno provoca un proceso de reorganización territorial en el hinterland, tanto del SO. como del centro de Portugal. Es lo que vemos reflejado en las estelas de guerreros (Galán 1993) y en la aparición de pesados torques femeninos.

Posiblemente, la creación de tales rutas entre el Mediterráneo y el Atlántico sirvió como un detonante en la región en dos sentidos. En primer lugar, en el de la reorganización del territorio y sus recursos, especialmente ganaderos, en función de una creciente demanda activada por la creación de tales rutas. En segundo lugar, en el de favorecer la llegada de innovaciones en tecnología agraria que aceleró el proceso de aumento demográfico y de sedentarización. Como señalan Belén y Escacena (ibidem:76), prácticamente no hay documentación de macrorrestos procedente de los yacimientos del SO. Pero, aunque tanto por las fuentes textuales, como por la información polínica y faunística cabe pensar en una economía fundamentalmente ganadera, tal especialización, junto al surgimiento de hábitats sedentarios y permanentes, no sería posible sin la práctica de una agricultura que proporcionara la base alimenticia de la mayor parte de la población y propiciara la crianza del ganado como excedente, por sus "productos secundarios". El que la caza se revele como una actividad subsidiaria de cierta importancia en los poblados de comienzos de la

Edad del Hierro (ibidem:76), apuntaría en la misma dirección de especialización ganadera.

Aunque indicios como los faunísticos (Amberger 1985), que indican que los bóvidos, no sólo aumentaron en número sino también de alzada, a partir de la colonización fenicia, hablarían a favor de la introducción de nuevos cultígenos y de mejoras en el sector ganadero, fenómenos de territorialización y de exhibición de la riqueza como los antes mencionados, son prueba de un proceso de reorganización tanto económica como política, previa a la llegada de aquellos. Comparto totalmente la opinión de M^a E. Aubet (1990:33), de que el territorio tartésico presentaba ya una compleja organización previa a la colonización y que actuó como incentivo para ella.

Los datos de circulación y consumo de metal en el Bronce Final de la región, indican una apreciación social más que práctica de éste: Apenas hay útiles, los depósitos son muy escasos y, como el de Cabezo de Araya, se localizan en el hinterland del SO. Armas y objetos definitorios de posición social, predominan. Lo mismo se puede decir de los de procedencia oriental. Carros como los de Huelva, que debieron llegar en escaso número (Galán 1993), elementos de vestido y tocado, sugieren la construcción de una simbología, como parte de la creación de un lenguaje del poder.

La asociación de objetos de tipología occidental o atlántica con otros de origen oriental tanto en las estelas como en la Ría señalan algo más que un mero proceso de "aculturación" o de imitación, en el que los indígenas copian formas de vestimenta o de representación procedentes de culturas más avanzadas, sino más bien, un proceso de emulación en el que símbolos identificativos del príncipe o del hombre de Estado oriental, son manipulados y adaptados al lenguaje local y a los conceptos propios de poder.

A mi, el registro del SO. me parece evocativo de la sociedad homérica descrita en la *Ilíada* o la *Odisea*, en la que el ganado es riqueza (21), el metal tiene la doble función de categorizador social y almacenamiento de valor (Sherratt & Sherratt 1991), y la organización política parece basada en la creación de alianzas entre territorios – política de intercambio de mujeres visible en las estelas diademadas y en los torques Sagrajas/Berzocana – el control de los intercambios – que explica la localización de espadas en vados y deltas – y en la política de regalos – que explica igualmente, potlatch como el de la Ría –. Por eso creo que encaja en un modelo económico típicamente substantivista (Ruiz-Gálvez 1993:62).

Dentro de este modelo se entendería muy bien la Ría de Huelva, una deposición ritual producida en el punto de acceso a la península, cuasi isla, de Huelva, un lugar estratégico para controlar los intercambios.

(21) Lo que los angloparlantes llamarían "cash".

Desde ahí podrían haber accedido a mercancías preciadas como la sal, bóvidos y sus productos derivados como el cuero y la piel. Posiblemente también lana, pues, como señalan Belén y Escacena (ibidem:76), los ovicaprinos parecen ser la especie dominante en los yacimientos de fines del Bronce/inicios de la Edad del Hierro, a pesar de que su papel en la alimentación de la población debió ser secundario respecto a otras. Otros productos explotados y canalizados por esta vía podrían haber sido los minerales y los recursos piscícolas. Aunque, como se comentó (vide supra), posiblemente el rico cinturón de piratas del SO. no se debió explotar hasta la Edad del Hierro, zonas como la de Chinflón o San Bartolomé de Almonte, parece que fueron explotadas intermitentemente por pequeños grupos mineros durante el Bronce Final (Ruiz Mata 1989 y 1990:68). En cuanto a los segundos, Belén y Escacena (ibidem:) señalan la aparición en el Bronce Final de asentamientos que dominan los esteros y parecen explotar la pesca.

Cómo situar un fenómeno como el que la Ría de Huelva en relación con el resurgimiento poblacional del final del Bronce en la región no es tarea sencilla. Aunque, como se vió (Capítulo 4º), el origen de algunos elementos podrían remontarse al Bronce Final II, el conjunto es, globalmente, muy homogéneo dentro del Bronce Final III, por lo que coincide con las dataciones obtenidas en los astiles.

Cuánto tiempo de deposición ritual representa, resulta más difícil de precisar. ¿Entre el s. X y el VIII a.C...? ¿Sólo hasta comienzos o mediados del s. IX a.C....? Un período aún más corto, de apenas s. X a.C....? Francamente, no lo sé, pues armas metálicas y materiales representativos del resurgimiento poblacional del Bronce Final, como cerámicas bruñidas y pintadas, o los propios hábitats, no suelen aparecer asociados a objetos similares. Incluso si lo hacen, su con-

texto de aparición es diferente y, por tanto, también lo es su significado.

Mi impresión es que, como en otras partes de Europa Occidental, conforme los hábitats se van haciendo más visibles y permanentes, el fenómeno de la deposición de armas en las aguas va desapareciendo, sustituido por aquellos como marcadores de propiedad. Cuando en los cabezos de Huelva o en la desembocadura del Guadalquivir empiezan a aparecer poblados sólidos y visibles, debió volverse innecesario el gesto de marcar de modo simbólico, la soberanía sobre el territorio. ¿Podemos asumir dataciones de s. IX a.C., de acuerdo con la cronología tipológica para el arranque de esta fase de mayor "visibilidad poblacional"? Es muy posible que así sea. Ya Belén y Escacena (ibidem:71), señalan que este resurgimiento poblacional da la sensación de producirse a modo de avanzadillas de Oeste a Este y de Norte a Sur, controlando los puntos de acceso y ataque y las vías de comunicación.

Otro argumento en aval de esta interpretación sería el de la aparición de murallas en las ciudades tartésicas a pesar del carácter pacífico, según los textos antiguos, de sus moradores. La erección de murallas representaría el último paso en la transformación del paisaje en territorio y simbolizaría ahora, como para los campesinos neolíticos lo fue el panteón familiar y para las gentes del Bronce Final las ceremonias de paso en las aguas de los ríos, el marcador visible y permanente de un territorio ocupado y poseído por un grupo humano.

Ese proceso de territorialización es lo que se está gestando en el Bronce Final y lo que, tanto espadas en las aguas como estelas de guerreros representan. Que el proceso debía estar ya muy avanzado en el momento del establecimiento de las primeras factorías fenicias, lo indicaría el propio hecho de su instalación al Este y no al Oeste de Gibraltar.